

El libro más triste del mundo

PREMIO LITERARIO
FUNDACIÓN DE LA CIUDAD
DE SANTA CLARA
2005

El libro más triste del mundo

Otilio Carvajal Marrero

Editorial
Capiro
Santa Clara
CUBA

Jurado:
Ivette Vian
Boris Mesa
Susana Haug

Edición: Isaily Pérez González
Perfil de colección y diseño: Leonardo Orozco
Ilustraciones: Eric Domenech
Corrección: Rebeca Murga Vicens
Mecacopia: Milagros Cabello

© Otilio Carvajal Marrero, 2006
© Sobre la presente edición:
Editorial Capiro, 2006

ISBN: 959-265-116-7

Editorial Capiro:
Gaveta Postal 19, Santa Clara 1, Cuba, CP: 50100
E-mail: ecapiro@cenit.cult.cu / www.cubaliteraria.com

Este libro ha sido procesado en la Empresa Gráfica de Villa Clara y en el Taller Gráfico del Centro Provincial del Libro y la Literatura, en Santa Clara, en el mes de junio de 2006, la edición consta de 1000 ejemplares.

A MI MAMÁ LE GUSTA MÁS EL CARAPACHO DEL POLLO QUE la pechuga.

Se come los tres o cuatro hilos de carne que tiene, chupa los huesos hasta dejarlos morados y después se los tira a Diego Velázquez, el adelantado.

A Diego Velázquez, el adelantado, le gusta todo lo que le tiren menos las colillas de cigarro.

Un día, mi hermano Tony, la cossa nostra, le tiró una colilla y la atrapó en el aire.

Nunca más atrapó nada que le tirara mi hermano.

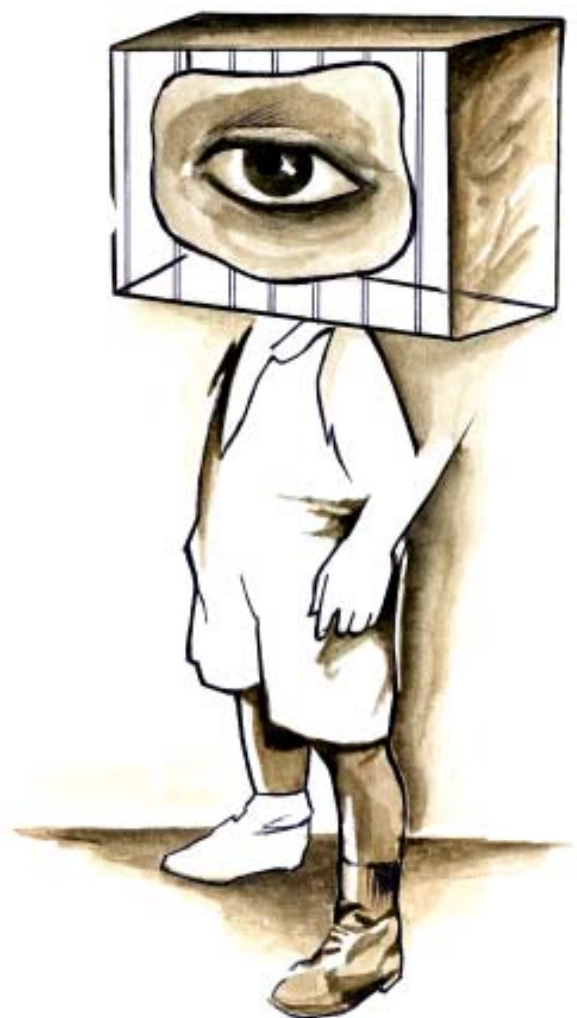
A veces la cossa nostra trae a sus amigos y para hacerse el del perro amaestrado le tira un palito para aquí y un palito para allá y Diego Velázquez, el adelantado, no le busca el palito.

Habría que ver si la cossa nostra le tira un pedazo de pollo, cosa que dudo porque jamás comparte la comida.

A la cossa nostra le gusta el muslo izquierdo del pollo y a mi hermana Nati el muslo derecho.

Se lo comen delante de Diego Velázquez, el adelantado, y guardan los huesos en una jaba de nailon para dárselos a los gatos de la calle.

Adoran los gatos; si no han traído un par de gatos para la casa es porque no han encontrado uno solo que quiera vivir con ellos.



Vivir con la cossa nostra y con Nati, mi hermana, es un acto heroico y los gatos no son héroes, más bien bandoleros, piratas y traidores.

Tony, mi padre, no come pollo; no sé si es porque no le gusta o porque no tiene tiempo para perderlo comiendo pollo.

Se pasa la mitad del día en la heladería y la otra mitad pescando.

Debe ser porque detesta estar en la casa.

Nunca lo ha dicho pero se lo he visto en los ojos; prefiere estar en cualquier lugar menos en la casa.

Nati, mi madre, pelea mucho; Diego Velázquez, el adelantado, se orina donde le vengan los deseos; mis hermanos casi siempre están en la calle y yo estoy allí, quieto, sin hacerle caso a nada más que a la pared azul que me queda delante de los ojos.

Así es muy difícil que a Tony, mi padre, le guste estar en la casa o tenga tiempo para comer pollo.

No sé exactamente qué parte del pollo es la que más me gusta porque cuando llega mi bandejita plástica la carne viene picada en pedazos pequeños que mi mamá junta con el puré de malangas, o de papa, o de boniato, o de calabaza, o de plátano, o de frijoles.

Llena la cucharilla y dice el avioncito, abro la boca y glub.

Mastico suavemente para reconocer los sabores, para separarlos.

No puedo ver lo que como.

Mi cabeza está en lo alto, tiesa, y no puedo dirigir la vista hacia abajo porque cada vez que lo hago los mareos me matan.

Como no puedo dominar el instinto me tienen puesta, permanentemente, una minerva.

No me acostumbro pero tampoco es algo contra lo que pueda luchar.

Ya que no puedo ver lo que como por lo menos me gusta sentir los sabores.

No es igual el sabor de la comida cuando cae en la boca a cuando se mezcla con saliva y uno la manda de un carrillo a otro carril hasta que pierda definitivamente todos los sabores y se convierta en un pegote y vaya garganta abajo.

Cuando está en la panza la comida ya no es comida sino desecho, un sancocho apestoso que sube por la garganta y cae sobre cualquiera que esté enfrente de mí.

Me pongo furioso cuando vomito a alguien.

No puedo evitar que pase pero igualmente me pongo furioso.

Cuando empezó a sucederme también mi mamá se ponía furiosa, entre otras cosas, porque tenía que bañar con champú y jabón, con mucho champú y mucho jabón a Diego Velázquez, el adelantado.

Ya no se pone furiosa.

Ahora, cuando sucede, se persigna, se resigna, se hace la contenta y me dice: vomita, vomita donde quieras.

Claro, lo dice mientras sostiene un tiborcito plástico delante de mi cara.

Yo tengo cuatro tibores que hacen juego con mis cuatro bandejitas.

El azul se coloca por debajo del asiento del sillón de ruedas, cuando viene visita.

Es un tiber lindo.

El amarillo, también para cuando hay visitas, siempre está al alcance de mi mamá.

Nunca sabe cuándo lo voy a necesitar.

Los otros son de uso ordinario.

Ninguno de los cuatro debe ser muy pesado porque mi mamá es muy delgada y a pesar de ello los descarga en el baño con facilidad.

Nunca los he cargado ni vacíos ni llenos.

A quien cargaba hace años era a Diego Velázquez, el adelantado.

Ya es un viejo gordo y gruñón pero hace unos años era liviano como una pluma y estaba enamorado de mí.

Me lo regaló mi abuelo para que me hiciera compañía mucho antes de irse a buscar al médico chino.

Mi papá decidió que viviera en mi dormitorio, que es la sala del apartamento donde vivimos, porque desde que Diego Velázquez, el adelantado, me vio por primera vez, se enamoró perdidamente de mí.

A mí no me pasó lo mismo con él porque ya yo estaba enamorado cuando lo conocí.

Me gustaba verlo como me lamía las canillas y los dedos.

En más de una ocasión le pedí a Dios sentirlo por un segundo aunque luego regresara a mi estado natural.

Pero nada.

Seguramente el adelantado se dio cuenta de que Dios no accedía a mis súplicas porque a los seis meses de vivir conmigo dejó de lamerme y apenas se contentaba con olisquear y olisquear.

Ya ni olisquea.

Se limita a tumbarse al lado de mi sillón de ruedas y a esperar los huesos de carapacho que mi mamá le lanza.

Mi papá insiste en que me adora; le dice a las visitas que no ha conocido adoración igual pero yo creo que le pasa lo mismo que a mis dos hermanos mayores.

Yo estoy ahí, quieto, no molesto casi y ellos vienen y me miran y me sonríen tristemente si hay visitas, para que la gente se lleve una buena impresión.

Es la única exigencia con respecto a mí que mis padres les han hecho a mis hermanos.

No tienen que lavarme, ni darme de comer, ni hablarme de sus vidas.

Antes mi hermana Natividad me leía cuentos.

Me los leía con deseos y cariño, después mi papá tuvo que rogárselo y ahora, ni obligándola lo haría.

Seguramente es porque mi hermana Natividad tiene veinte años y un novio.

El muchacho se llama Fermín y me tiene miedo o al menos ella asegura que me tiene miedo.

Como cree que no escucho bien se lo ha dicho a mi mamá varias veces.

Hablan en la cocina, en voz baja, pero yo puedo oírlas.

El pobre, hija, dice mi mamá y yo me quedo sin saber si el pobre soy yo o el pobre del novio de mi hermana Nati.

Tengo la suerte de poseer dos oídos muy buenos.

Me concentro y puedo escuchar lo que quiera.

Creo que esa fue una de las tres grandes cosas que le he pedido a Dios y me ha querido conceder.

Todos los años le pido algo nuevo y le ratifico el Deseo Más Verdadero.

El del año que viene será que nadie me tenga miedo.

Es, de todas las cosas que me pasan ahora, la que más tristeza me da.

Ya el de este año no lo puedo cambiar porque estamos en julio y uno puede cambiar el pedido solamente en el primer mes del año.

Luego, aunque me haya equivocado, lo tengo que arrastrar durante los demás meses.

El de este año no creo que pueda cumplirse pero tengo que esperar.

Le pedí a Dios que mi hermano, la cossa nostra, deje de fumar porque parece un idiota.

Me echa el humo en la cara adrede y cuando no están ni mi mamá ni mi papá presentes, me pone el cigarrillo en la boca y me dice, hala, hala.

Yo halo y toso, toso, toso hasta que casi me ahogo y él se asusta.

Tony, la cossa nostra, es cruel y me odia.

No soy muy bueno en reconocer los sentimientos pero hay tres que los distingo donde quiera que se metan: la lástima, el odio y la rabia; el miedo también pero menos.

El miedo se muestra de diversas formas, tiene muchos rostros.

Yo no le tengo miedo a nada, el único que me asusta un poco es mi hermano pero el susto y el miedo son dos cosas distintas: el susto es rápido, cosa de un segundo o dos, el miedo le pone duros los ojos a la gente y los hace ponerse la defensiva.

Fermín entra a la casa y se pone a la defensiva.

Me mira a los ojos y me doy cuenta.

Me mira a los pies y me doy cuenta.

Me mira a la cabeza y me doy cuenta.

Deja de mirarme y entonces me doy cuenta de que quizás mi hermana tenga razón.

En verdad yo soy nada, una nada inofensiva, una nada que lo único que hace es pensar y pensar y pensar.

LA MADRE ENTRÓ EN LA HABITACIÓN POR QUINTA VEZ Y aunque Luquitas no había terminado se sentó en una de las sillas a esperar por él. La impaciencia la devoraba por dentro. Dos veces tuvo la intención de pedirle al muchacho que se detuviera pero este sería el peor de los momentos para contrariarlo. Sí, la noticia era importante. La noticia era muy importante y para que ella pudiera explicarle al muchacho de qué se trataba el asunto, necesitaba que él estuviera tranquilo, reposado, en paz, no debía comenzar bajo uno de aquellos ataques de rabia a los que la madre tanto temía. Era necesario prepararlo desde ahora, con todo el tiempo del mundo. El abuelo vendría. Jamás pensó que iba a regresar pero el mensaje no dejaba lugar a las dudas. Resultaba imprescindible que Lucas entendiera la importancia de la visita. La del abuelo no era una visita más sino la visita que habían esperado con más ansiedad y desvelo. Ella y su marido vieron pasar los años y ya habían renunciado al regreso del viejo, y ahora, cuando menos lo esperaban, les avisaba que ya estaba haciendo las maletas. Se abanicó con el papel del correo electrónico que unos minutos antes le trajera Debie, su vecina de enfrente, y a pesar de que sabía que al muchacho le disgustaba que leyera sus pensamientos grabados en la pared no



pudo evitar que su mirada galopara sobre las letras doradas, impresas con envidiable ortografía en el fondo azul suave. Aunque hacía más de diez años que el Sagrado Corazón de Jesús le había concedido ese prodigioso deseo a su hijo, ella no lograba acostumbrarse.

—Lucas, Luquitas —murmuró, pero las letras continuaron cayendo sobre la pared en pequeñas ráfagas.

Del muchacho, hundido hasta casi desaparecer en el enorme sillón de ruedas, solamente podía distinguirse su larga melena roja y unos ojos amarillos enormes que fulguraban en la semipenumbra de la habitación.

La madre se levantó de la silla y con un suspiro abandonó el lugar.

—TÓMATE ESTE VASO DE TILO.

—Ay, Debie, es que me estoy muriendo de miedo.

—Ya lo peor ha pasado, mujer. Anda, tómatelo despacio que está caliente.

—Hace años que no sabíamos nada de él, incluso llegamos a pensar que le había pasado lo peor.

—Ya tú ves que todo en la vida no iba a ser desgracias.

—Está rico. ¡Ay, chica, a ver si me calma que estoy como loca!

—¿Y Antonio, para dónde está?

—Fue a pescar con Tony, mi hijo, y el novio de la niña. Ya tú sabes, ahora les ha dado por irse a pescar todas las tardes, y yo me quedo como loca dentro de la casa.

—¿Por qué no le contestas al viejo? ¿Le cuentas?

—¿Tú crees?

—Claro, boba. Escríbele y así él sabe que las cosas han cambiado.

—Ese es el problema, amiga mía, que nada ha cambiado.

EN EL AVIÓN DE LAS OCHO ME VOY PARA CUBA. MI NIETO me está esperando. Lleva más de diez años esperándome. Él tiene 14 años pero necesito que me venda unos shores como para un niño de cuatro. Ha crecido poco. Mi hija me ha escrito hoy que ha crecido muy poco y ha engordado apenas dos o tres adarmes desde la última vez que lo vi. Quiero llevarle unos shores de esos que se usan ahora, sin bolsillos y pegados al cuerpo; que sean blanco, negro, amarillo, azul y lila. Dos de cada color y que le lleguen más o menos hasta las rodillas porque es bastante presumido. Si está como está es por lo presumido que es. Mire, le presento a mi amigo Sidartha.

En el avión de las ocho me voy para Cuba. Mi nieto me está esperando. Lleva más de diez años esperándome. Él tiene catorce años pero necesito que me venda unos pulovitos como para un niño de cuatro. Ha crecido poco. Mi hija me ha escrito hoy que ha crecido muy poco y ha engordado apenas dos o tres adarmes desde la última vez que lo vi. Quiero llevarle unos pulovitos de esos que se usan ahora, sin bolsillos y pegados al cuerpo; que sean blanco, negro, amarillo, azul y lila. Dos de cada color y que le lleguen más o menos hasta los codos porque es bastante friolento. Si

está como está es por lo caluroso que era. Mire, le presento a mi amigo Sidartha.

En el avión de las ocho me voy para Cuba. Mi nieto me está esperando. Lleva más de diez años esperándome. Él tiene catorce años pero necesito que me venda unas gorritas como para un niño de cuatro. Ha crecido poco. Mi hija me ha escrito hoy que ha crecido muy poco y ha engordado apenas dos o tres adarmes desde la última vez que lo vi. Quiero llevarle unas gorritas de esas que se usan ahora con visera dura y larga; que sean blanca, negra, amarilla, azul y lila. Dos de cada color y que le lleguen más a menos hasta los ojos porque no se pela desde que nació y el cabello le llega prácticamente a los ojos. Si está como está es porque el pelo nunca lo ha dejado ver bien. Mire, le presento a mi amigo Sidartha.

En el avión de las ocho me voy para Cuba con mi amigo Sidartha y vuelvo dentro de dos meses con mi nieto. Le alquilo la casa durante ese tiempo pero no tendrá que pagarme en dinero si no en cuidados. Usted se queda aquí y utiliza todas las habitaciones menos esa que tiene el ojo en la puerta. Que nadie entre por esa puerta es mi pedido, mi único pedido. Mire bien. Escuche bien: estoy incluso dispuesto a pagarle a mi regreso unos dólares si todo está como lo dejo. Es la inversión de toda mi vida. En ese cuarto están reunidos mis esfuerzos de más de diez años.

Recetas y remedios, pócimas, ungüentos y plantas medicinales, estiércol de más de un centenar de animales, aceites de peces de los mares y los ríos más famosos, tratamientos chinos, libros de sabiduría médica popular y científica, dietas, oraciones, equipos de ejercicios y medicamentos de cuarta y quinta generación, y otras muchísimas cosas que me han costado días y noches de desvelo y cansancio. Ya sabe, para que la curiosidad no lo mate. Cuídelo todo con su vida. ¿Estamos?

En el avión de las ocho me voy para Cuba con mi amigo Sidartha y lo he mandado a llamar con más de dos horas de adelanto para que no nos sorprenda nada camino al aeropuerto. El viaje se hace en nueve minutos pero no quiero que me agarre el embotellamiento de las siete y treinta. No hay quien se salve de él por lo menos durante hora y media. Prefiero pasarme toda la tarde en el aeropuerto y no arriesgarme. El asunto es que no puedo perder esta oportunidad. O traigo a mi nieto o lo traigo. Le he dedicado los últimos diez años de mi vida a ese único objetivo. Usted conduzca con calma que quiero llegar temprano y vivo. Quizás, si acepta, lo invite a una cerveza y nos despidamos como dos amigos aunque no nos hallamos visto más que una vez en toda la vida. Yo antes de que pasara lo que pasó, solía hacer amistades con mucha facilidad. Conocía a alguien y a los dos o tres días ya éramos amigos. Con Juana, mi mujer, que Dios

guarde en su seno, fue así. La conocí una tarde de julio y en la primera tarde de julio del año entrante me estaba pariendo a mi hija Natividad. Es una lástima que se haya muerto del modo en que se murió. Es una verdadera lástima.

Es muy bueno que este avión salga a las ocho. No importa que viajemos en el ala. De todas formas uno se pasa el tiempo sobre el ala de la vida. Las alas son más seguras a veces que la propia tierra. Pregúntele si quiere a Sidartha. Yo he tenido que viajar tanto que puedo asegurárselo, mis grandes caídas han sido de la tierra a la tierra. Usted está nerviosa porque es la primera vez que vuela pero le puedo asegurar que acá arriba no hay nada que temer. Es más seguro el aire que la tierra. El aire no resbala. En el aire no das un traspie, en el aire no hay ríos, ni trillos, ni troncos y como estás cerquita de Dios, Él lo va cuidando a uno. Los niños, mire a Sidartha, van sujetos a sus asientos. Casi siempre dormidos, como si estuvieran en sus camitas. Hace bien, si es su primer vuelo no coma, le puede dar revolturas. Yo no voy a comer nada porque estoy ansioso por llegar. El viaje es aparentemente corto pero me ha parecido más largo que si hubiera sido a la Conchinchina. Es bueno que este avión salga a las ocho porque así llego a La Habana antes de las diez y duermo unas horas en el Hotel Inglaterra antes de ir a Havanautos a alquilar un auto para irme hasta Chambas, que es donde vive la familia

que tengo en Cuba. ¿Quiere ver los retratos? Mire, este es Tony, la cossa nostra, jajaja, es malvado de corazón desde su nacimiento pero un muchacho lindo, lindo, lindo; esta es Natividad mi hija, la que está a su lado es mi nieta Natividad y el del bigotón es Tony, mi yerno. De Luquitas no tengo retratos. Nunca se ha retratado. Dice mi hija en un mensaje que me escribió ayer que la única vez que lograron conseguir que aceptara, el fotógrafo vino y se turbó tanto que se le trabó el percutor de la cámara y no hubo fuerza humana que se lo destrabara. No lo culpo, sabe, mi nieto es la nada; un pedazo de carne tirada encima de un sillón de ruedas. Pero será por poco tiempo. Si Dios quiere será por poco tiempo.

Antes de salir el avión de las ocho llamé e hice la reservación para un dormitorio en este hotel a nombre de Lucas Carvajal. Hablé con la señorita Juana y la señorita Juana me aseguró que la habitación 101 estaría lista para mi llegada. Bueno, que sea la 204, no tengo ninguna predilección por el número 101 en específico, así que conque tenga una cama donde echarme a descansar un poco y un teléfono para hacer un par de llamadas a primera hora de la mañana será espléndido para mí. Por Sidartha no se preocupe, él tiene el hábito de dormir en suelo.

Antes de que me decidiera a venir en el avión de las ocho ya sabía que iba a ser un jovencito el que me

ayudaría a subir las maletas a mi habitación. Usted debe tener unos diecisiete años, tres más que mi nieto Lucas y siete más que Sidartha. Coja estos cinco dólares y cómprese unos patines. Si mi nieto pudiera caminar le hubiera traído un par de patines. Siempre me ha gustado mucho ver a los muchachos patinando en los parques, se ven muy graciosos, hasta los más débiles se ven muy fuertes mientras patinan en los parques. A Sidartha no le gusta patinar y es una lástima, podría hacerlo de maravillas si se lo propone. Me gustaría que me ayudaras en algo: mañana a las siete ven aquí, quiero que me ayudes a encontrar el auto con el color adecuado para alquilarlo. Sidartha no sabe de autos y ya estoy viejo. Hay cosas que un viejo no sabe hacer adecuadamente.

LA MADRE SE SENTÓ EN LA CABECERA DE LA CAMA Y después de beber un trago largo de té de menta los miró uno a uno, detenidamente. Su marido estaba más canoso que nunca. Se dio cuenta de que no lo miraba en verdad desde hacía muchos años y ahora le pareció un ser extraño echado a sus pies. A cada lado de la cama, sus dos hijos; o al menos los hijos que en verdad eran hijos, los hijos que llenaban la casa de ruidos y de asuntos comunes por los que valía la pena disgustarse o reír. Le dolía pensar así, pero era sincera: Lucas no era más que una nada fofa y bomba tirada sobre un sillón detrás de la puerta cerrada, en la sala que en verdad no era sala sino un sitio en donde se reunían todos los olores agrios de la casa. De que lo quería no tenía dudas, pero jamás como quería a Natividad y a Tony que le daban grandes motivos para seguir viviendo.

—Papá ha escrito —anunció, aunque ya todos lo sabían.

—¿Quieres que lea yo el mensaje? —se brindó Tony, el hijo.

—No, lo leeré yo misma. Quiero ir explicándoles cosas que ustedes no saben o que ocurrieron cuando eran muy pequeños y las han olvidado.



—¿Tú crees que ya es el momento? —le preguntó Tony, el padre.

—Sí, esta vez papá sí viene. Dice:

Para Nata

De Lucas

Natucha (¡Dios, cómo he soñado con mencionar ese apodo!)

—¿Natucha? —se burló Tony, el hijo.

—En su voz sonaba muy bonito —recordó la madre y bebió un poco más de té para echar abajo un pequeño nudo que comenzó a formársele en la garganta.

—No interrumpas más, Tonito —reprendió Nati, la hija—. Lee, mami.

Hace ocho años, frente al Muro de las Lamentaciones en Jerusalén, decidí no llamarte más Natucha hasta que no tuviera todas las condiciones para subsanar el error que cometí hace tanto tiempo. Todo fue mi culpa. Aunque todo el mundo se empeña en decir que fue obra de la casualidad o del diablo, en el fondo de mi corazón sé que fue mi culpa. Que seas una mujer triste y cansada, es mi culpa. Que seas una esclava, es mi culpa. Que tu hijo más pequeño, al único que permití le pusieras mi nombre, sea una nada que todos los días lamenta haber nacido, es mi culpa, mi culpa, mi grandísima culpa. Bien sabes que desde hace más de diez años no he hecho otra cosa en mi vida que buscarle la solución definitiva al asunto, y ahora he logrado juntar todos los remedios humanos y no humanos que existen para poner fin a mi empresa. Voy para Cuba. Salgo en el avión de las ocho de mañana. Estaré los días necesarios para arreglar todos los papeles y traer a Luquitas. Es más fácil traer a Luquitas que trasladar todas las opciones para allá. Así que ni hablar. Me traigo a Lucas

conmigo. Sé que él al principio se negará. No tiene un ápice de tonto. Está enfermo del cuerpo, no de la cabeza, pero lo convenceré, para eso llevo a Sidartha. No te había hablado antes de él porque hasta hace unos días no tuve la certeza de que lo llevaría conmigo. Ahora sé que no me queda ninguna alternativa: si no llevo a Sidartha, jamás podré convencer a Luquitas para que venga. Sidartha es un niño que tiene poderes increíbles, mágicos; sobre todo para trabajar en las mentes de los otros niños. Lo conocí en mi viaje a las pirámides del Sol y de la Luna de San Juan Teotihuacán. Me ayudó a subir hasta la cima de una de ellas, la de la Luna que es la más difícil de escalar. Yo llegué hecho un montón de escombros sudoroso y él como si nada. Entonces me habló de su padre indio y su madre china, de por qué había vivido en tantos países perseguido por los hombres sin fe, al punto de que ya casi olvidaba cómo era su aldea. También me habló de los poderes y la gran sabiduría que le habían vertido sobre la cabeza al nacer; de su amistad con Sathia Sai Baba, el gran gurú, y por último, cuando ya comenzábamos el descenso me dijo: yo lo esperaba desde hacía días, Don Lucas. Me sorprendí mucho, jamás le había dicho mi nombre. ¿Cómo es que sabes mi nombre?, le pregunté. Ya le dije que llevo días esperándole, dijo con sequedad. Por un momento pensé que era un raterito de esos que abundan en los lugares sagrados. Revisé en mis bolsillos y tenía todos mis documentos allí, quizás alguien en el hotel donde me hospedaba le había dado el nombre, de todas maneras, por sí o por no, lo escuché con atención. Usted ha venido aquí, dijo, a rogarle a los dioses por su nieto enfermo, por su nieto que según sus pensamientos es un pedazo de nada encima de un sillón de ruedas. Mi sorpresa fue mayor. Jamás he dicho en voz alta una sola oración por Luquitas. Jamás, hija mía, he rogado por Lucas donde otros pudieran escucharme. Me senté sobre el primer peldaño de la escalera y con la mano comencé a secarme un sudor

frío que me resbalaba por la frente hasta los ojos. Un par de turistas se me acercaron para preocuparse por mi salud, Sidartha les pidió gentilmente que nos dejaran solos; don Lucas está bien, dijo. Cuando estábamos solos nuevamente, se sentó a mi lado y como si fuera una sentencia anunció: es hora de partir. Usted y yo tenemos que irnos para su casa en Miami y allí revisaremos cómo podemos hacer mejor las cosas. Yo estoy enterado de casi todo. No más cierro los ojos y puedo ver la habitación con el ojo en la puerta. Desde hace tres años no hago más que seguirle y ponerle delante las cosas que necesita reunir para todos los remedios. Baba me pidió que me encargara personalmente de su caso y es hora de probar. Usted trae a su nieto y comenzamos. Me puso una mano en el hombro. Ya nunca más estará solo. He apartado un boleto a su nombre en el avión de esta noche a las ocho para Miami. Yo no lo necesito para viajar. En nada estaremos allí. Reviso todo lo que tiene y usted me pone al tanto de la información que me falta. Digo, si no tiene objeción. Te puedes imaginar, hija mía, que me quedé estupefacto. Un muchacho de apenas diez años me tendía un increíble puente hacia la vida de mi nieto. Todo fue muy sencillo. Cuando llegamos a mi hotel eran las seis de la tarde, comí un bocado deprisa y me extrañó que Sidartha no quisiera probar comida alguna. Tenía entendido que los indios tienen mucho apetito. Tampoco quiso comer nada en la cafetería del aeropuerto y menos en el avión. Cuando le pregunté me dijo que solamente comía verduras y frutas, y nunca lo hacía después de las siete de la mañana. Es un muchacho delgado y fuerte, de piel curtida aunque con ademanes elegantes. Habla correctamente el español y se comporta como un príncipe. Vive en paz. Si quiere dormir no más tiene que cerrar los ojos. Aunque para decir la verdad, duerme muy poco, se la pasa leyendo gruesos libros de sabiduría, lo mismo antigua que moderna. Es un buen muchacho y le hará bien a Luquitas.

Dice que lo ve todo muy oscuro pero sin dudas le hará bien a Luquitas. Dice que quizás lo de Luquitas no sea ningún trauma ni ninguna enfermedad pero sin temor a equivocarme creo que le hará bien a mi nieto. De que es un niño sabio no me cabe la más mínima duda. En este mes, después de conocerlo, me ha dado muestras de sus poderes insospechados. Así que prepárense para recibirnos. Llegamos a La Habana mañana, dormiré en el Inglaterra y pasado mañana sobre las tres de la tarde estaremos llegando. Un beso. Tu viejo.

Apuró el té que le quedaba en el vaso y chasquéo la lengua como un borracho de cantina. Sabía que ahora vendría la peor parte del encuentro con su familia: explicarles los detalles y exponerles el plan que entre ella y su marido habían fraguado durante interminables madrugadas, al inicio casi con desespero y después con la calma y el cálculo de que son capaces las personas que han pasado por todas las tragedias que se hayan inventado. Se llevó el vaso nuevamente a los labios y chupó las dos o tres gotas que quedan en el fondo. Sus hijos y el marido aún tenían las bocas abiertas por la sorpresa: el viejo vendría con un mago. Porque de qué otra forma se le podía catalogar al muchacho que describía en su mensaje.

—Entonces la cosa será más difícil —dijo Tony, el padre.

—Sí, no contábamos con el chiquillo —ratificó Nati, la madre.

—¿Cuál es la cosa? —preguntó Tony, el hijo.

La madre se reacomodó en la cabecera de la cama y movió la cabeza de un lado a otro.

—No sé cómo saldrá todo esto pero ya no podemos dar marcha atrás —dijo lanzando un silbido angustioso—. Quizás ustedes no recuerden por qué Lucas se quedó así, convertido en ese pedazo de nada encima de un sillón. Desde aquel día jamás se habló más del asunto y hay hasta quien cree que él nació de ese modo. Pero no fue así: guardamos silencio por respeto a Natividad, mi madre.

—Yo tenía seis años —interrumpió Tony, el hijo.

—Yo nueve más o menos —dijo Nati, la hija.

—Sí, eran unos bejigos —suspiró Nati, la madre—. Luego nos acostumbramos a verlo allí, en su sillón. Yo a hacer todo lo que él necesitaba y ustedes a intentar sobrevivir en medio de la sobrevida que les tocó.

Una lágrima gorda comenzó a rodar por las mejillas de la madre.

—No te martirices más —le rogó el marido.

—Pero se acabó. Si hay una oportunidad será para uno de ustedes.

Estiró las manos, agarró a cada uno de sus hijos y los trajo hacia ella. Con sus cabezas encima de los senos, la madre empezó a llorar desconsoladamente.

—No es justo —dijo—, ya he sufrido más de la cuenta.

—No te martirices más —le rogó el marido nuevamente—. El niño tampoco tiene la culpa.

—No, no la tiene, pero si se va a llevar a alguien será a uno de estos dos —advirtió la madre con fiereza—. Uno de estos dos que pueda trabajar allá, que pueda hacer dinero y ayudarnos. Papá jamás nos envió un peso y hemos tenido que cargar toda la vida con su descuido. A él fue a quien se le cayó Luquitas. Era un niño tan lindo, tan gordo, los brazos eran unas rueditas preciosas, hasta pensamos que iba a ser modelo de revistas para anunciar lo bien que andaba la salud en Cuba. Pero dos segundos de descuido bastaron para convertirlo en una nada, en una nada que nos ha ido tragando día por día, mes por mes, año por año. Y ya no puedo más. Si papá se lo lleva, todo habrá sido en vano. No lo va a curar. Si Dios no lo ha podido curar nadie podrá curarlo.

DIEGO VELÁZQUEZ, EL ADELANTADO, SE METIÓ DEBAJO de la cama y no ha salido ni a orinar.

Lleva como dos horas allí.

Algo malo presiente.

Solo hace eso cuando me van a colocar una máscara de oxígeno o cuando se me avecina algo doloroso.

Desde que mi mamá empezó a leerme el mensaje él comenzó a dar vueltas por toda la habitación como si tuviera oxiuros. Dieguito, Dieguito estate quieto, lo regañó Nati, mi madre, pero continuó dando vueltas y hasta que le contesté a mi vieja y ella se fue dando un portazo no se metió debajo de la cama.

Desde aquí lo siento temblar y de vez en cuando gemir tristemente.

A lo mejor le temía a lo que yo pudiera contestarle a Nati, mi madre.

A mí, de cualquier modo, no me quedaba ninguna opción; tenía que contestarle como le contesté.

Todavía en la pared, aunque borrosamente, puede leerse mi respuesta: cierra con llave al salir.

Si Diego Velázquez, el adelantado, se pone celoso, que se ponga.

Si mi mamá se pone furiosa, que se ponga.

Si mi papá se pone rabioso, que se ponga.



Si la cossa nostra, mi hermano, me pone un tabaco en la boca y me dice: hala, hala, halo y halo, y toso y vomito.

Si Nati, mi hermana, le dice a su novio que diga que no viene a la casa porque me tiene miedo para que me arrastren hasta el cuarto en donde no hay pared azul suave donde pensar para ellos quedarse a hacer sus porquerías en la sala, que se lo diga.

Si viene mi abuelo, lo recibo.

Yo estoy enamorado de mi abuelo.

Mi abuelo es mi Deseo Más Verdadero y he estado esperando por él toda mi vida.

Si todavía estoy aquí es porque he estado esperando para que me bese en los labios como lo hacía cuando era un bebito.

Nunca he sentido un cariño más fuerte.

Mi abuelo ha sido la única persona en el mundo que me ha besado, y no solo antes de que pasara lo que pasó, sino después, cuando regresaba de cada viaje por toda la isla en busca del médico chino.

Llegaba, se arrodillaba delante del silloncito de ruedas que tenía cuando era más chico y después de llorar y pedirme perdón como cien veces, pegaba sus labios a los míos y me daba un beso largo, lleno de calor y lágrimas.

Mi mamá le decía que no lo hiciera pero él le contestaba que yo era su bebé, que yo era su angelito, y entonces, la cossa nostra, mi hermano, se iba dando un portazo.

Tony, la cossa nostra, y Nati, mi madre, se parecen mucho: cuando no dices lo que quieren escuchar se van dando un portazo.

A mí no me importa.

A mí me da igual vivir con puertas o sin puertas.

A lo que si no estoy dispuesto a renunciar es a sentir nuevamente los labios de mi abuelo sobre los míos.

Si no es mi cura al menos será mi alivio.

Es cierto que no puedo recordar su cara, ni sus ojos, ni sus manos, ni su voz, pero estoy seguro que en cuanto me ponga los labios en la boca lo reconoceré.

Trescientas personas pueden venir y hacer lo mismo y lo reconocería a él entre todas ellas.

Aunque quizás ya no quiera besarme en los labios.

Mis labios han cambiado mucho; ahora son gruesos y se doblan hacia arriba, siempre están húmedos, pegajosos, y como no me cepillo los dientes deben saber peor que los labios de Diego Velázquez, el adelantado, aunque a decir verdad no sé a qué saben los labios de Diego Velázquez, el adelantado, ni creo que nadie sepa.

Tuve la oportunidad de besarlo en los labios cuando era mucho más joven, él me lo hubiera permitido, ¡estaba tan enamorado de mí!, pero yo no quise para no confundirme cuando mi abuelo regresara; además, hay privilegios que solamente se le dan a una persona en el mundo.

Yo le di a mi abuelo el privilegio eterno de mi amor.

Mi mamá lo sabe y sufre con eso.

Mis hermanos y mi papá también lo saben.

Mi papá sufre un poco pero tiene a mis hermanos para compensarse.

A mis hermanos les importa un comino que no los ame.

Ellos tampoco me aman a mí.

Nati, mi hermana, trae a sus amigas y cuando no le queda remedio les dice: Ese es mi hermanito, el tullido.

Tony, la cossa nostra, trae a sus amigos y cuando no le queda remedio dice: ¡No lo vayan a tocar y háganle de lejos que muere!

A sus amigos les da gracia y se ríen, algunos hasta me han dicho: Échate, échate, échate y entonces el que se ríe es Tony, la cossa nostra, mi hermano.

Por eso yo tampoco los amo ni los amaré nunca.

Todos los días lo pienso contra la pared para recordárselos.

Donde va la fecha pienso: no los amo por canallas.

Donde va el encabezado pienso: amo a mi abuelo.

A mi abuelo le he dado el privilegio eterno de mi amor.

Pero aunque le haya dado el privilegio eterno de mi amor tengo mis dudas, hasta ahora no había recibido noticias suyas; es verdad que antes de irse se arrodilló frente a mi silloncito y después de besarme los labios y los ojos y las manos, me dijo que se iba a buscar al médico chino en otro lugar del mundo porque en Cuba no estaba, que seguramente

iba a demorar en encontrarlo pero que en cuanto lo encontrara regresaría.

Yo tenía cuatro o cinco años pero recuerdo todas sus palabras como si me las hubiera dicho ayer mismo.

Aunque no pude decirle nada porque no tenía la gracia de pensar contra la pared azul suave todavía, me puse muy contento y él se dio cuenta.

Él siempre se daba cuenta de todo.

Él ha sido la única persona en este mundo que me ha visto.

Mirarme me han mirado muchas, pero verme, solamente él, porque Diego Velázquez, el adelantado, no es ninguna persona.

Si Diego Velázquez, el adelantado, hubiera sido grande cuando mi abuelo se fue, también se habría ido en busca del médico chino.

De eso no me cabe la menor duda.

Mi abuelo y Diego Velázquez, el adelantado, son los únicos dos que buscarían al médico chino para mí.

A mi abuela no la conocí bien aunque si hago un pequeño esfuerzo pudiera recordar cada rasgo suyo, echada en un rincón de la sala, hablando sola.

También pudiera recordar cómo mi madre le acariciaba el pelo y la besaba antes de llevársela al tren donde dormía todas las noches.

Mi mamá no es mala; me hace la comida y me dice el avioncito y yo glub, a veces se ríe cuando hago

algo gracioso o por lo menos cuando hago algo que a ella le parezca gracioso.

Por la noche, cuando no hay nadie más en la casa, me cuenta cómo era la vida de la familia antes de que me pasara lo que pasó y termina hablándome del abuelo y del médico chino.

Hace como un año que no me habla pero antes lo hacía y a mí me llenaba de miedo porque temía que en cualquier momento se me acercara y me intentara besar en los labios.

Iba a rechazarla, y si la rechazaba nunca más me iba a tratar con ternura y hasta a lo mejor me dejaba de traer la comida o no me decía más el avioncito.

Por suerte para mí no pasaba de ponerme una mano en la cabeza y decirme hasta mañana cuando ya se iba a dormir.

Hoy no me dijo hasta mañana, se fue dando un portazo y gritando que yo soy un pedazo de nada sin sentimientos.

No puedo estar de acuerdo con ella, quiere que no reciba al abuelo, que le diga que se vaya por donde mismo vino, que si quiere llevarse a alguien que se lleve a mi hermano, la cossa nostra, o a mi hermana Nati, que ya no hay forma humana ni divina para que me convierta en un muchacho normal.

Ella no entendió.

A mí ni siquiera me interesa ser un muchacho normal.

Por lo menos no me interesa ser un muchacho normal como la cossa nostra, mi hermano, o como Fermín, el novio de mi hermana Nati.

Jamás le tendría miedo a un muchacho que es casi la nada encima de su sillón de ruedas, jamás le pondría un cigarro en la boca a alguien y le diría hala, hala, para que tosiera y se le rajara lo único que en verdad tiene vivo que son sus pulmones; jamás mentiría: porque lo de tenerme miedo no es cierto, aprovechan, le dicen a mi mamá que Fermín me tiene miedo para aprovechar en la sala, para ponerse a hacer porquerías en la sala porque mi mamá se queda conmigo en el cuarto, con el tibur en una mano y un vaso de té en la otra, para que no le vomite sobre la cama o contra las odiosas paredes verdes de su cuarto. ¡Ash!

¡Ash!

¡Me enferma el cuarto de mi mamá!

No hay nada que me enferme más que el color verde.

Al principio me daban unos desmayos y no se sabía qué me los provocaba.

Después lo descubrieron.

Dice mi papá que el color verde fue todo lo que vi delante de mí cuando me pasó lo que me pasó.

En cuanto llegue mi abuelo lo primero que le voy a pedir es que me lleve al lugar desde el que me caí.

Sí, porque yo me caí.

Por mucho que mi mamá haya tratado hoy de meterme en la cabeza que mi abuelo me dejó caer porque estaba borracho yo sé que no fue así.

Me caí.

Me caí.

De mis propios pies.

SI CUANDO SALÍA POR TODA LA ISLA A BUSCARLE A MI nieto los remedios para sus males hubiera tenido un carro como este, a lo mejor lo habría encontrado. En un carro es más fácil encontrar los remedios porque puedes ir realmente a todos los lugares que te diga la gente. La gente sabe de todo. El que no se guíe por la gente está perdido. Por lo que me dijo la gente fui a dar a Miami, y por lo que me dijo la gente fui a todos los lugares adonde fui, y por lo que me dijo la gente te encontré en las pirámides de San Juan Teotihuacán.

En tres horas estaremos en Chambas. Ya, ya, ya. No me mires con esa cara de carnero degollado. Sé que necesitas concentrarte y conmigo hablando y hablando no es tan fácil. No te preocupes: te va a sobrar tiempo para concentrarte. En Chambas sobra tiempo para todo. Es un lugar lento, muy lento. El día dura más que en ninguna parte del mundo y las noches son tan largas que parece que no se van a acabar. Nunca tuvimos el pueblo y yo el mismo ritmo y a veces he creído que por eso me descuidé y pasó lo que pasó. Entonces no era un viejo como ahora y todavía mi mujer estaba viva. Yo tenía una gripe feroz aquella tarde y nos llevamos por primera vez a Luquitas para que viera toda aquella belleza verde. Me quedaría afuera con él mientras sus papás y mi

mujer nadaban. Lo llevaba sobre mi cuello. Tenía como cuatro años y aunque ya caminaba con bastante firmeza le encantaba que lo cargara sobre mi cuello. Fuimos por la parte menos abrupta. Te voy a llevar para que conozcas el sitio. Solo hay dos codos en el trillo difíciles de rebasar. Ese camino lo hice miles de veces en mi vida. Ahora mismo cierro los ojos y puedo hacerlo con una facilidad pasmosa: en el primero, un pie a la izquierda (la barranca te queda a la derecha), giras, un pie a la derecha (la barranca te queda a la espalda) giras, caminas tres metros y ¡fácil! la misma operación en el próximo codo, solo que al revés. Es un acto mecánico, habitual, que no lleva mucha más filosofía que la de haberlo realizado veinte mil veces en la vida. Pero hay una vez, una única vez para el mal, y siempre el mal la aprovecha. Había llovinado un poco el día anterior, mi hija Nati le había puesto mucha ropa al niño y no combinaba con el atuendo que llevábamos puesto, además él era demasiado caluroso y presumido como para soportarlo. Sin decirme nada se sacó el abrigoito y se le cayó de las manos mientras yo intentaba rebasar el primer codo, instintivamente tiré la mano hacia el abrigo y lo agarré, pero justamente cuando ya lo había agarrado sentí como Luquitas rodaba por mi cuello. Me asusté tanto que lo único que hice fue apretar el abrigoito con toda la fuerza de mi mano. Lo sentí dar el primer golpe y luego romper las ramas barranca abajo antes de pegar el grito más desgarrador que hayas



escuchado en tu vida. Después me quedé allí, tumbado, muerto, con la mente y la vida en blanco. Nati, mi hija, se lanzó barranca abajo y lo trajo de vuelta. No se había dado un solo rasguño, parecía que estaba bien, parecía como si no hubiera pasado nada salvo por la mirada. Tenía la mirada vacía, muda, sin color, como si le hubieran cambiado los ojos abajo y le hubiesen colocado en las órbitas dos cuentas de vidrio. Lo fui a coger para llevarlo hasta el médico pero mi mujer se lo arrebató a Nati, mi hija, de las manos y salió corriendo y soplándole la mollera a tanta velocidad que cuando llegamos al policlínico ya estaban ella, Luquitas y la enfermera sobre una ambulancia destino al hospital de Morón. No tuve valor para seguirlos, así que me fui hasta mi casa y esperé días y días a que regresaran y justamente cuando llegaron a la casa me di cuenta que tenía que dedicar la vida que me quedaba a buscar un médico, un remedio, un conjuro, un pacto, un lo que fuera que pudiera curarlo. Traje a Nati, mi hija, con sus demás hijos y su marido a vivir en mi apartamento. Hasta entonces vivían en un coche de ferrocarril que Tony, el marido de mi hija, había heredado de sus padres. A mi mujer, que solamente hablaba de salir volando, de correr, de perderse de una vez de este mundo, le pareció bien vivir lo que le quedaba sobre dos ruedas de hierro y yo me fui al camino. Días y días me pasé desandando por donde me mandara la lengua de la gente hasta que te encontré, hasta que encontré por fin el día de regresar.

A LAS TRES DE LA TARDE LLEGA MI SUEGRO y me hace falta que me tires un cabito. Mira, tengo la casa virá al revés: mi mujer peleaquetepelea, los dos chamacos normales haciendo listas con lo que le van a pedir al viejo, el otro sin cerrar los ojos un segundo desde que se enteró, y a mí me tocó el turno de por la tarde. Mira, si no fuera por un lío como este no viniera a pedirte nada pero me hace falta que busques a alguien para que cubra por mí en la cancha; yo sé que es un rollo localizar a alguien que sepa servir helados y sacar provecho pero es un caso excepcional. Mira, mira, mira, yo tengo que estar allí, ¿tú me entiendes? Mira, si no tuviera que torear a todo el mundo para que las cosas salgan bien ni hablaría contigo, pero mejor que nadie tú sabes por las que hemos pasado y también sabes que sin este trabajo jamás hubiera podido sobrevivir mi familia. Sabes que me lo debes, mira, no es que quiera sacarte nada ni echarte en cara lo que he hecho por ti pero no te puedes negar, lo que quedan son unas horitas para que llegue el viejo que de contra trae hasta un indito que se encontró en no sé qué loma y duerme en el piso; esa es la suerte porque en la casa no alcanzan las camas y le hubiéramos tenido que echar mano a la casa de los misterios. Jajajajajajaja. Tú mejor que nadie sabes que

no hay misterios en la casa de los misterios, mira, puedes seguir usándola a escondidas, puedes seguir refugiándote allí con tu novia y no me tienes que pagar nada más por ello. No creo que al viejo se le ocurra ir por allá, en definitiva él no llegó a vivir ni un día en la casa de los misterios, fue la vieja quien se murió allá y con la que empezó el mito de los ruidos y los fantasmas. Cuentos, cuentos. Yo nací en ese lugar y nunca hubo otro ruido que el de los trenes pasando y pasando como locos por el lado de la casa. Claro, mira, a nosotros nos conviene que se siga creyendo el cuento de que está embrujada y que nadie la quiera para nada.

A LAS TRES EN PUNTO DE LA TARDE SE DETUVO el automóvil color crema frente a la casa de Natividad Carvajal y ella sintió un intenso escalofrío que le recorrió desde la punta de los dedos del pie izquierdo hasta la cocorotina. Era un manojo de nervios. Se había levantado a las seis de la mañana y luego de baldear toda la casa, sacudir el polvo de los muebles, bañar al perro con mucho champú y mucho jabón, arreglar las flores en el búcaro destinado a la fotografía de su mamá y darle una abundante friega a Luquitas con todos sus aditamentos, se sentó frente a la cómoda de su cuarto a componerse. Llevaba muchos años sin dedicarse un solo segundo y debía verse bien, no podía permitir que su padre la viera hecha un guiñapo. El marido se lo había dicho: para que respete lo que quieres, tienes que sorprenderlo.

Le había pedido a Debie, la vecina, que le hiciera compañía un rato, que no la dejara sola por lo menos durante la primera hora después de la llegada del viejo. La vecina aceptó y no solamente porque la curiosidad la mataba sino porque Nati, la mujer de Tony, siempre se había comportado muy bien con ella.

Cuando sintieron que el automóvil se detenía afuera estaban en la sala, sentadas frente a un

Luquitas que dormía tranquilamente su siesta sobre el enorme sillón de ruedas.

Segundos después de rebasar el amplio y veloz escalofrío, Nati, la hija de Lucas, se puso de pie, le hizo una señal a Debie para que se quedara con Luquitas y fue hasta la puerta: abrió. Allí estaba. Era él. Más canoso. Más blanco. Más delgado. Sonriente. Era él. Luego de tantos años sin verlo se dio cuenta de cuánto amaba, de cuánto quería, de cuánto había necesitado a aquel viejo que tenía delante. De un salto se le prendió en el cuello y comenzó a llorar serenamente, con un llanto reposado y amargo que tenía guardado en el fondo de su corazón como el último reducto del cual se había asido y ahora se desprendía.

El viejo la apretó suavemente contra su pecho y dejó que llorara. Cerró los ojos para sentir el delgado cuerpo de la niña que cuarenta años atrás había cargado por última vez. Con la mano húmeda le alisó el pelo negro, largo, idéntico al de Nata, su mujer. Y la separó para verle la cara.

—No llores más, ssssu, no llores más —le dijo—. Ya estoy de vuelta.

Ella lo agarró por un brazo.

—Ven, entra —le dijo—, pero no hagas ruido que Luquitas está durmiendo.

—Mejor damos la vuelta y entramos por el fondo —le propuso el viejo—, así no lo despertamos y tenemos tiempo para hablar antes de verlo.

—Está bien —aceptó Natividad cerrando la puerta—. Allá atrás, en el patio, están Tony y los muchachos. Han organizado una fiesta familiar para recibirte.

—Qué bueno —dijo el viejo—, hace años que no estoy en una fiesta.

—Es una bobería, solo para darte la bienvenida.

Cuando salieron a la calle el viejo se percató de que Sidartha aún permanecía en el automóvil. Se acercaron.

—Ven —le dijo Lucas a Nati, su hija—, quiero presentarte a Sidartha.

El viejo abrió la puerta del coche pero el muchacho que estaba dentro del auto no se movió. Estaba pálido y con los ojos fijos en la puerta del balconcillo del apartamento. Cerró instintivamente.

—¿Te sientes mal? —le preguntó Nati intentando mirar a través de los oscuros cristales del auto que solo devolvieron su propia imagen distorsionada. Sidartha no la escuchó, a sus oídos apenas llegaba un lejano murmullo del mundo exterior.

—Déjalo un segundo —dijo el viejo—, está meditando. Desde que salimos de Miami no ha dejado de meditar.

El viejo se recostó al automóvil.

—¿Cómo está el niño? —preguntó.

—Más o menos igual que cuando te fuiste —contestó Nati.

—Sí, me lo dijiste en el mensaje, pero... —el viejo dudó por unos segundos antes de continuar— algo habrá cambiado.

—Muy poco —Nati se alisó el cabello con una mano y miró hacia dentro del auto pero el muchacho continuaba sentado en la misma posición—. El único gran cambio es que cuando quiere se puede comunicar. El Sagrado Corazón de Jesús le concedió la gracia de que sus pensamientos se reflejen contra las paredes azules.

—También me lo contaste en el mensaje —aceptó el viejo—, pero Sidartha dice que es obra de Sathia Sai Baba y no del Sagrado Corazón de Jesús. De cualquier manera no importa quién haya intercedido, lo que cuenta es que mi nieto pueda hablar.

—No, papi, no habla —dijo Nati casi en un susurro—, Luquitas piensa, piensa solamente. No procesa nada.

—Algo es algo, ¿o no? —inquirió el viejo.

—No sé, no sé —Nati dejó de alisarse el pelo—, a veces es más terrible que...

No pudo continuar. La puerta del automóvil se abrió y de su interior salió un muchacho alto, de una larga melena roja y ojos profundamente azules, al que el viejo no había visto nunca en su vida. Lucas intentó apartarlo con un movimiento brusco pero el muchacho lo agarró por los codos.

—No vaya a decir nada. Soy yo mismo, Don Lucas, Sidartha. Si dice lo que está pensando podemos arrepentirnos después.

El viejo se quedó pasmado. No le cabía la más mínima duda de que la voz era la de Sidartha, del mismo Sidartha que lo ayudara a escalar la pirámides de la Luna en México, del mismo Sidartha con piel de indio y cabello chino, manos indias y pies chinos, boca por dentro de indio y por fuera de chino, ojos negrísimos y rasgados, del mismo Sidartha que hiciera junto a él el viaje desde San Juan Teotihuacán hasta Miami y le contara sobre las múltiples reencarnaciones que había tenido su espíritu. Pero solo la voz, la voz suave, dominante, que nada tenía que ver con el aspecto agresivo del nuevo cuerpo que la envolvía. Y lo decidió en un segundo: callar hasta que el muchacho pudiera explicarle bien claramente lo que pasaba.

—Hija —dijo—, él es Sidartha, mi amigo.

Nati, la hija, y el muchacho se rozaron apenas las manos. Ella sintió otra vez el mismo escalofrío que le recorrió todo el cuerpo pero esta vez acompañado por una tibieza tan confortadora que apenas pudo atrapar entre los dientes un gemido de placer que le salió desde el estómago.

AGÜE, ME ALEGRA MUCHO QUE HAYA VENIDO. TRÁTAME de tú, soy tu abuelo. Claro, es que como no nos vemos desde que yo era una niñita necesito tiempo para acostumbrarme. Es verdad, cuando me fui eras una mocosa que se pasaba el día llorando; ¿ya no berreas como una chiva? (Risas, manos cogidas, suspiros, caricias suaves y miradas.) No, ya no lloro tanto, hace tiempo que me di cuenta que llorar no resuelve los problemas. Hablas como una mujer. Ya soy una mujer, tengo veinte años. Sí, si tu abuela te viera; tú le gustabas mucho a tu abuela. Eso dice mi mamá. Y es verdad, cuando naciste se pasó un mes contándome cómo te iba a educar, cómo te iba a enseñar a bordar y a tejer y a ser una muchacha feliz. Me hubiera hecho falta, mami no ha tenido tiempo más que para darnos de comer y vestirnos. (Suspiros, miradas al suelo luego al cielo y por último al puerco que se asa sobre una parrilla, lindo el puerco, dorándose.) Tu mamá es una mártir. Sí. Ustedes han pagado un precio alto pero ya se acabó. No, agüe, creo que todo acaba de comenzar. No, me llevo a Luquitas. Usted sabe mejor que... Ya te pedí que no me trataras de usted. Perdóname: tú sabes mejor que yo que Luquitas no se irá a ningún sitio. Todavía no he hablado con él, todavía no lo he visto, todavía no le he contado

todas las cosas que tengo para intentarlo. Agüe, es que nunca has leído sus pensamientos sobre la pared de la sala. No, pero los pensamientos son solo pensamientos, cambian, se modelan, se modulan, se truecan, se extinguen. Los de él no, sobre todo ese. ¿Cuál? El de no salir jamás de la casa. ¿Ha pensado mucho en no salir de la casa? Todo el tiempo, no hay día que no piense en eso. Quizás cuando le hable pueda conseguir que cambie de opinión. Es que él hizo un pacto con Dios, ¿o usted..., o tú crees que Dios le concedió sus deseos sin exigirle nada a cambio?

LE GUSTA EL PELLEJITO, SUEGRO, MIRA, NO HAY NADA COMO el pellejito del puerco asado para uno saber que está en Cuba. Dicen los que han viajado que nosotros somos los únicos en el mundo que sabemos asar bien un puerco. ¿Usted qué cree?, pruebe este pedazo. ¿Tú no lo vas a comer, hija? Mejor que no, mira, si quieres mantenerte en la línea no debes probarlo. Nosotros ya somos unos viejos y podemos comer lo que sea. Su amigo Sidartha está fascinado. Nunca ha visto asar un puerco en parrilla. A mí me ha caído bien: tiene el pelo idéntico al de Luquitas, y los ojos, y las cejas, y la piel. Si no hubiera pasado lo que pasó Luquitas sería exactamente igual que él.

EL VIEJO AGARRÓ EL PELLEJO CON LA PUNTA DE LOS DEDOS, se levantó de la silla sin pronunciar una palabra y se acercó a Sidartha.

—Ya es hora de ver a Luquitas —le dijo.

—Sí, Don Lucas, ya es hora.

—Vamos entonces y hablemos con él de una vez.

Sidartha lo miró con ojos luminosos.

—No va a ser fácil, lo huelo, lo siento; hice el cambio de cuerpo con mucha rapidez.

El viejo le puso una mano en el hombro y le habló pausadamente como si construyera un puente entre una palabra y la otra.

—Lo he entendido todo perfectamente y no tienes nada que explicarme. Ese cuerpo que tienes es el de mi nieto Luquitas si no hubiera pasado lo que pasó.

Sidartha asintió con dulzura.

—Si, Don Lucas, sé que ha entendido, este es el cuerpo de su nieto pensado por Sai Baba. Desde la India se metió en mi cabeza y me ayudó en el cambio, pero de cualquier manera tengo que explicarle algo: esta es la vigésima mutación temporal que hago y nunca ha resultado tan fácil, le aseguro que sacar a su nieto de la casa va a ser más difícil de lo que habíamos pensado. Vamos a verlo, hablaré con él y después le diré.

Lucas le pasó un brazo por los hombros y lo haló suavemente hacia la puerta que comunicaba la cocina con el patio. Nati, la madre, le salió al paso.

—¿Vas a verlo? —le preguntó—. Todavía está dormido.

—En ese caso lo despertaré —dijo el viejo—. Sé que le dará gusto verme.

—Él se pone furioso cuando lo despiertan —aseguró Nati, la madre.

—Probaré —dijo el viejo—, de cualquier forma no le hablaremos todavía del viaje.

OJALÁ Y SE LE PARTA UNA PATA CUANDO ENTRE. OJALÁ Y se le partan las dos patas y que tenga que arrastrarse hasta aquí a pedirnos que le ayudemos. Ojalá y el monstrico esté pensando contra la pared y el viejo se encuentre con un letrero dorado, del tamaño de un doceplantas que diga: viejo de basura. Ojalá y que ni abra los ojos y que ni le dirija la palabra. No nos trajo nada. Viejo de basura. No sé ni paqué Tony, mi padre, se gastó el baro comprando puerco y comprando leña. Yo le hubiera dado una patá por atrivilín que hubiera caído donde el diablo dio las tres voces. No nos trajo ni un alfiler a Nati, mi hermana, o a mí. Con tanto dinero que tiene. Y luego restregarnos en la cara, ¡ojalá y se le parta una pata!, que le trajo como veinte jueguitos de no sé qué con no sé qué al monstrico. Deja eso, Fermín, no pinches más ese puerco de basura que con tanta manteca cayendo ahorita se va a apagar la leña y tendremos que picar más. No sé ni paqué hemos picado tanta leña si el viejo de basura no come puerco y lo que estamos haciendo todos es tremendo papelazo. La pura cree, la pura piensa, la pura se ha hecho ilusiones con que va a convencerlo para que nos lleve a mi hermana Nati, o a mí pal yuma cuando se vaya, pero a mí me da el pensamiento que de eso nada, ¿qué tú crees, Firme?

Si se lleva a mi sister te quedas sin jevita. Ella te quiere. Sí, no cabe duda. Te ha resistido tres años pero puedes estar seguro que si le dan un filo, se pira y ni te pregunta. De cualquier manera es mejor para ti: así cuando venga de vacaciones te trae una cobita y no te pasas todo el tiempo con la misma ropa chea esa. No pinches más el puerco, asere.

(La muchacha se acerca a su novio Fermín y a su hermano Tony y les dice.) ¿Qué cuchichean? Parecen dos abuelas al lado del nieto que se ha pasado la noche llorando.

(Fermín pincha el puerco y le dice.) Dice Tony que te irás con tu abuelo, ¿es verdad?

(Tony mira a Fermín con fiereza y le dice a su hermana.) Este está hablando KK. No fue eso lo que le dije. Le dije lo que mami quiere meterle en la cabeza al viejo de basura.

(La muchacha le quita el pincho a su novio de la mano y le dice a su hermano.) No debiste habérselo dicho, solamente yo tenía el derecho.

(Fermín, el novio, le arrebató a la muchacha el pincho de la mano, lo tira contra el puerco y casi grita.) ¿Entonces es verdad? Te ibas sin decirme nada. Pues ahora mismo el que se va soy yo.

(Fermín se encarama en su bicicleta montañesa y se va dando torpes pedalazos. Tony le dice a Nati.) Se quedó sin comer puerco.

(Nati mira el puerco, sabroso, sobre la parrilla, dorándose.) Tenemos que hablar.

(Tony se ríe, silenciosamente, de oreja a oreja, con risa linda, con risa de dientes perfectos, bien lavados y le dice a Nati.) Sí, tenemos que hablar.

(Nati también ríe pero más discretamente.) Deja al puerco estúpido ese y vamos a sentarnos.

(Tony deja de reír.) Ni muerto. He pasado mucho trabajo con este animal para que se me eche a perder a última hora. Hablemos aquí.

(Nati tose y carraspea.) El humo me mata.

(Tony ríe nuevamente.) Aguanta.

(Nati tose otra vez, carraspea otra vez, y otra vez siente la imperiosa necesidad de hablar con Tony. Era el momento, unos minutos después podría ser demasiado tarde.) ¿Qué es lo que te traes?

(Tony se agacha, estira la mano y coge el pincho que quedó exactamente encajado en el lomo lindo, pequeño, rojizo del puerco.) No sé de qué hablas.

(Nati se pone las manos en la cintura, mueve rítmicamente el pie derecho y le dice.) Te hablo del viaje, te hablo de irse, te hablo de salir de la histeria de mami, de la zoncera de papi, de los olores agrios de la casa. Te hablo de irse con el viejo. Tú no eres ningún bobo. Estás haciéndolo todo para que decidan por ti. Buscas el pan sin que te manden. Matas el puerco, lo abres, le sacas el mondongo, te lo echas en el hombro y lo

botas al río. Crees que no te estoy mirando. Desde que mami nos contó lo que se proponía eres la corrección echa cossa nostra.

(Tony pincha el puerco casi asado, oloroso, divino, con fuerza, una, dos, tres veces; lo pincha por la cabeza, por el lomo, casi en el rabito y le dice a Nati.) Tú estás haciendo lo tuyo: hablas en voz baja con el viejo de basura, te derrites con él, le pones las manos en las rodillas, dejas que tu jevito se vaya y ni siquiera le insinúas que se quede. Yo también te estoy mirando o te crees que soy guanajo.

(Nati deja de moverse y le dice a Tony.) Está bien, está bien: los dos queremos lo mismo pero el viejo quiere otra cosa y no creo que cambiará tan fácilmente de parecer, está encaprichado en que convencerá a Luquitas.

(Tony clava el pincho en la tierra y le dice a Nati.) Pa joderle el plan, tenemos que trabajar juntos.

(Nati siente un poco de miedo al ver dibujada en los ojos de Tony la decisión de hacer cualquier cosa. Entonces y solamente entonces se le devela el misterio: ya sabía por qué el abuelo le había apodado la cossa nostra a su hermano Tony.) Sí, pero sin hacerle daño a nadie.

(Tony se ríe, nuevamente, de oreja a oreja.) Hermanita, siempre hay que hacerle daño a alguien. Empezaremos por el peluító. Si conseguimos ponerlo de nuestro lado tendremos ganado el cincuenta por ciento del asunto. Tienes que averiguar cuál

es su flanco débil. Ha estado mirándote todo el tiempo; coquetéale un poco, háblale bajito, con cultura, como sabes hacerlo. Ahora ya no tienes que cuidarte del fato ese de tu novio, se fue de un tirón y creo que demorará en regresar. Mira, esta noche abre la discorey, podemos invitarlo. Se quedó como un guanajo con el puerco asado, a lo mejor quiere saber más cosas de Cuba. Sí, si lo invitamos irá.

(Nati duda por unos segundos.) Quizás el abuelo no lo deje ir.

(Tony niega tres veces con la cabeza como un Judas cualquiera.) El abuelo no lo domina, no le dirige la vida. Si va con nosotros yo le sacaré todo lo que pretenden hacer y podremos adelantarnos a sus planes.

(Nati asiente tres veces por puro espíritu de contradicción y le dice a Tony.) Está bien, estoy de acuerdo.

(Se ríen, se cogen de la mano y se van hacia la casa como dos niños santos mientras el puerco se queda en el patio, abandonado, lindo, asado, salpicando los rescoldos de carbón, asechado por dos gatos negros que se acercan, sigilosamente.)

EL VIEJO SOLTÓ EL PELLEJO EN EL PRIMER PLATO QUE encontró en la cocina, abrió con cuidado de no hacer ruido la puerta que daba acceso a la sala y lo primero que sintió fue una vaharada agria que le entumeció la nariz. Evidentemente aquella habitación no se lavaba desde el día en que partió hacia el extranjero en busca del médico chino. Se le aguaron los ojos no solamente por la intensidad de los muchos olores mezclados, sino también por la tristeza de saber que su nieto los respiraba a diario. Miró hacia atrás: su hija Nati y Sidartha lo escoltaban.

—A él no le gusta que limpien la habitación —dijo Nati, la hija, con tono de disculpa.

El viejo no dijo nada, se limitó a entrar suavemente, sin hacer el más mínimo ruido. Ya en el medio se sorprendió al percatarse de que todo estaba exactamente igual que antes, nada había sido movido del sitio en que lo dejara diez años atrás cuando se despidió del niño y de la casa. Como una ráfaga le pasó por la cabeza su propia imagen allí, tantos años atrás, mirando cada objeto, como para atraparlo todo de una vez y que los años que vinieran por delante, los arduos años que debía empeñar en la búsqueda de un remedio eficaz, no le hicieran perder la memoria de sus cosas. A pesar de que los olores agrios arreciaban a



cada paso que daba no pudo evitar que su corazón palpitara y se llenara de gozo. El viejo tocadiscos de la RCA Víctor, en la esquina; en la misma esquina donde lo colocara su esposa el día de San Valentín de 1959 cuando él se lo trajera de regalo. El piano pequeño, casi de juguete, con el cual le tocó las primeras nanas a su nieto Luquitas cuando el chiquillo intranquilo se empecinaba en no dormir. La cama larga, mandada a hacer especialmente porque en las demás sus pies sobresalían tres pulgadas exactas y le daba calambres dormir con ellos colgados. La alfombra anaranjada en el piso. Los retratos en las paredes: el de su difunta madre, el de su abuela Natividad Marrero, el de su abuelo Lucas Carvajal, el de su mujer ahora con un ramo de rosas blancas debajo. Todo igual. Todo. Exactamente igual porque ni él ni su mujer pudieron aceptar jamás que esa habitación tan amplia y tan fresca fuera la sala del apartamento. Ahora le ocasionaba risa. Qué más daba un cuarto que otro, pero así eran de inconformes y creativos en 1951 cuando se mudaron para el bello apartamento. Lo cambiaron todo. Convirtieron un dormitorio en cocina, otro en sala y tras derrumbar una pared eligieron el tercero como cuarto de baño. Se percataba Lucas, el viejo, ahora, justamente en medio de la habitación, después de tanto tiempo, que él y su mujer no hicieron más que matar el sofocante aburrimiento que les ocasionaba vivir en un pueblo tan pequeño con todas aquellas travesuras hogareñas.

Pero sintió también lo importante que fue hacerlo. Sí, se dijo, nos hubiéramos muerto de un bostezo. Continuó inventariando los objetos con la vista hasta que su mirada tropezó con un bulto en el rincón más oscuro. Se viró hacia su escolta.

—Sí, es él, susurró Nati, la hija—. Si quieres te abro un poco las persianas para que puedas ver mejor.

—No —la detuvo el viejo—, así está bien.

Se acercó más. Sobre un enorme sillón de ruedas, hecho muy rudimentariamente, estaba Luquitas, o lo que el viejo adivinó que era su nieto. Dio dos, tres, cuatro, cinco pasos y le pareció que jamás llegaría a su lado. Se detuvo a un metro de distancia y entonces escuchó un gemido que le heló la sangre. Como una exhalación salió de abajo de la cama un perro sato, flaco, viejo, que empezó a dar vueltas por toda la habitación como si estuviera poseído por el demonio. Inmediatamente sobre la pared azul comenzaron a caer las letras como una lluvia de oro.

—¿Quién está ahí? ¿Eres tú, abuelo?

—Sí, mi niño —dijo el viejo y cayó de rodillas frente al sillón.

Se quedó como hipnotizado mirando al muchacho. Había cambiado mucho, sus ojos eran de un amarillo intenso, la cabeza enorme casi del mismo tamaño que el resto del cuerpo, los brazos pequeños, de apenas dos cuartas de largo, tirados sobre el pecho, prácticamente inexistentes como dos pollitos muertos. Estuvieron mirándose largamente sin que

ninguno de los dos quisiera romper con la sorpresa increíble del reencuentro hasta que los ojos de Luquitas se desviaron hacia la pared.

—¿Has cambiado mucho?

—Sí, he cambiado mucho —le dijo el viejo sin separar la mirada de los ojos del nieto, como si no necesitara leer en la pared lo que Luquitas pensaba.

—He tenido miedo de no reconocerte cuando llegaras. ¿En verdad, eres mi abuelo?

—Te entiendo —le dijo el viejo incorporándose—, han pasado muchos años.

Desde atrás, Nati, la madre, y Sidartha sonreían pero ambos por diferentes motivos. Nati, la madre, estaba segura ya de que Luquitas jamás reconocería en aquel viejo, ¡había cambiado tanto! al abuelo; Sidartha porque había por fin encontrado un resquicio, una diminuta luz para cumplir con el pedido de Baba. Desde que entró en la habitación se dio cuenta de que aquel era el sitio donde muy bien se podían purgar las pocas culpas que cargaba desde su primera encarnación. Sí, se dijo entre dientes, eso justamente es lo que haré y no solamente el muchacho: también yo podré salvarme. Contrario a sus costumbres estuvo a punto de dar un salto de alegría cuando se dio cuenta de que el perro se echó justamente sobre sus pies.

—Han cambiado tus costumbres —dijo el muchacho al viejo—, antes olías a cal viva y ahora a agua de colonia.

—Sí, es verdad, ya no pinto casas.

—Entonces estoy perdido, no tengo manera de saber que eres tú.

El viejo se inclinó sobre el muchacho y pegó sus labios a los de Luquitas. Lo besó suave, amorosamente, sin importarle la baba espesa que poco a poco se fue mudando de los enormes labios de su nieto a los suyos.

—Soy yo, niño, soy yo —susurró el viejo y se separó nuevamente.

Un «Sí» enorme se dibujó en la pared y durante diez minutos solamente pudo escucharse el llanto reposado, dulce, feliz, de Luquitas y un portazo feroz que desprendió las viejas clavijas de la puerta.

DIEGO VELÁZQUEZ, EL RETRASADO, SE MUEVE EN LA pantalla de la computadora como si quisiera apresar cada palabra y jugar con ella.

Diego Velázquez, el retrasado, apresa las palabras con sus patas, me mira, y las que no están correctamente escritas se las traga y luego vomita la palabra adecuada.

Diego Velázquez, el retrasado, es inteligente para algunas cosas pero carece de alma, no tiene ni una gota de sentimientos; es un perrito gracioso que se parece bastante a Diego Velázquez, el adelantado.

Diego Velázquez, el retrasado, es más útil para escribir que Diego Velázquez, el adelantado.

Diego Velázquez, el adelantado, se quedó en Chambas después de que pasó lo que pasó.

Me dio mucha tristeza dejarlo, fue mi único amigo durante años, solamente accedí a que se quedara porque de otro modo el plan de Sidartha hubiera sido un fracaso.

Cuando salí de La Habana / de nadie me despedí / solo de un perrito chino / que venía tras de mí, comenzó a susurrar mi abuelo cuando salimos de la casa, repitió como un loco durante todo el trayecto desde Chambas hasta el aeropuerto de La Habana y todavía cuando nos mudamos de Miami a Madrid, dos o tres veces al

día susurraba: *cuando salí de La Habana / de nadie me despedí / solo de un perrito chino / que venía tras de mí.*

Desde que me compró la computadora no canta, insiste diez, quince, veinte veces al día que debo escribirle una carta a Sidartha: él está solo allá, dice, aunque no le lean la carta, escríbele. Tú conoces toda la historia pero él solamente se la imagina; no olvides que fue quien nos salvó la vida.

Y es verdad pero no puedo escribirle una carta. Sé que Nati, mi madre, reunirá a toda la familia alrededor de su cama, la leerá en voz alta y cuando sepan que quien está encima del sillón no soy yo harán de la ya mala vida que lleva Sidartha, un infierno.

No, no haré eso, por esta vez no le haré caso a mi abuelo.

Mañana mismo le doy un sobre lacrado con un papel en blanco dentro para que lo eche al correo y asunto resuelto, o por lo menos resuelvo el dalequedale de mi abuelo.

Ya sé cómo hacer que Sidartha se entere de todo: se lo pediré a Sathia Sai Baba.

Hoy abrí el bloc de notas del ordenador para que no se me olvide.

Ahora escribo en él, me es muy útil.

No pensar contra la pared y aprender a escribir fue para mí lo más difícil de mi nueva vida; me salvó la pantalla del monitor que bien mirada es una pared sobre la que van cayendo las letras que uno piensa en el color y el tamaño que elija.

Pero no solamente me salvó en ese aspecto sino también en que pude tener una réplica casi exacta de Diego Velázquez, el adelantado.

Acaba de entrar mi abuelo. Voy a comer con él en una cafetería que queda al doblar y después sigo.

No fuimos a la cafetería porque mi abuelo trajo comida china para enseñarme a comer con palitos.

Si lo que tuviera en mi ordenador no fuera una réplica sino a Diego Velázquez, el adelantado, en vivo y en directo, se hubiera orinado de la risa al verme comer con palitos.

A la réplica de Diego Velázquez, el adelantado, le he puesto Diego Velázquez, el retrasado, porque ni me mira, ni me escucha, ni se ríe, ni se ha enamorado de mí; como está en la pantalla todo el tiempo hace cosas graciosas; cuando lo mando a sentarse, se sienta; cuando cometo un error ortográfico se rasca la panza, si el error es muy grave levanta la pata y orina; cuando le mando a buscar una información escarba en la pared del monitor hasta encontrarme lo que quiero. Existe pero no tiene vida, no puede venir y echarse sobre mis rodillas y lamerme los dedos de los pies.

De cualquier manera todavía no quiero tener otro animal cerca que no sea el que le viene a uno mandado por Dios, y vive en la casa sin que nos demos cuenta.

(Voy a tomar agua. Sigo enseguida.)

Lo que más extraño de Cuba es a Diego Velázquez, el adelantado; cuando le mande la carta a Sathia



Sai Baba para que se la comente a Sidartha, le pediré que se interese por él, realmente me gustaría ayudarlo antes que muera de viejito o de hambre.

¡Ay, si yo pudiera!

Si yo pudiera, Diego Velázquez, el adelantado, no esperaría más por los huesos pelados y sin sabor que le lanza Nati, mi madre, sino que comería comida rica para perros que hacen aquí y venden en la cafetería de al doblar.

Diego Velázquez, el retrasado, se mueve inquieto y me avisa que «de al doblar» es incorrecto y me sugiere un montón de cosas que no significarían lo mismo si las pongo; no escucho siempre las sugerencias de Diego Velázquez, el retrasado, porque lo que sugiere a veces son soluciones tan falsas como él mismo.

Venden huesitos con proteínas y sabor a pollo, huesitos con proteínas y sabor a res, huesitos con proteínas y sabor a pescado, huesitos con proteínas y sabor a huevos, huesitos con proteínas y sabor a mariscos, huesitos con proteínas y sabor a perras en celo.

De este último tipo casi nunca hay porque es el más demandado y también el más caro entre todos los huesitos.

Mi abuelo prometió explicarme la semana próxima por qué a los perros le gustan más el olor de las perras en celo que el resto de los olores; dice que hay muy buenas cosas que me he perdido en la vida pero que soy todavía un muchacho y tendré tiempo de recuperarme.

Abrió la puerta y desde allí me dijo que van a poner una película de romanos en la televisión y que no debo perdmela. Mi abuelo se duerme no más se sienta frente al televisor pero no soporta sentarse solo, por eso me convida siempre y yo acepto, de cualquier manera también me gustan las películas que echan en la televisión.

Listado de las cosas que debo hacer mañana

- Levantarme a las 8
- Cepillarme
- Tomar el desayuno
- No abrirle la puerta a nadie mientras el abuelo esté fuera
- Tender mi cama
- Escribirle a Sathia Sai Baba

A SR. SATHIA SAI BABA EN LA INDIA.

De Luquitas en Madrid.

Estimado Sr.

Yo soy cubano. Vivo aquí porque no me queda alternativa, pero no sé por qué se lo cuento pues usted debe conocer de sobra mi caso. Según mi abuelo, fue usted quien le pidió a Sidartha que lo encontrara en la pirámides de la Luna en México, fue usted quien hizo que sin pasaporte ni pasaje ni nada, Sidartha viajara desde México a Miami y desde Miami a La Habana y nadie lo detuviera en el camino, y fue usted también quien lo ayudó en la mutación de la caja del espíritu. Dice mi abuelo que usted se comunica mentalmente todos los días con Sidartha para darle fuerzas, para ayudarlo a sobrellevar su *karma*. Le doy las gracias por ello. Sidartha nos salvó a mi abuelo y a mí y por eso siempre estaremos en deuda con él. No sabemos cómo se las está arreglando para sobrevivir en la casa de Nati, mi madre. Espero que limpie con ese padecimiento cualquier pecado que haya cometido en cualquiera de sus reencarnaciones. A mí me gustaría pedirle otro (quizás el último) favor a usted: como se comunica todos los días me encantaría que le contara bien cómo se desarrollaron las cosas. Dice

mi abuelo que él se las imagina pero que no tiene los detalles, y que sería decente y de buena persona contarle el cuento. Sé que no es mucho pedir por eso le cuento la historia y así usted, que ha tenido tanto que ver con todo, también la conoce.

Después de que Nati, mi madre, se fuera dando un exagerado portazo estuvimos, mi abuelo y yo, llorando y dándonos cariños en las manos como diez minutos. Quizás no hubiéramos terminado jamás si no hubiera sido porque Sidartha haló una silla y se sentó a nuestro lado para explicarnos detalladamente el plan que se le acababa de ocurrir.

—Ya lo tengo, Don Lucas. Ya sé cómo resolveremos el asunto.

—Él es Sidartha —presentó el abuelo—, vino a ayudarnos.

—Hay una sola vía. Usted quizás no se haya dado cuenta —Sidartha bajó el tono de su voz—, pero en esta casa no hay una sola persona que quiera que usted se lleve a Luquitas. Los dos muchachos están pensando en ellos y los padres creen que ya el muchacho está liquidado, que no tiene futuro y que lo mejor sería que usted se llevara para Miami a cualquiera de sus otros hijos. Y, no los culpe, es normal que piensen así. Pero usted no se llevará a nadie si el muchacho no quiere acompañarlo, y Luquitas, así como está, jamás irá a ningún sitio.

—El tiene razón, abuelo —pensé contra la pared—. No me iré.

Mi abuelo se sobó los ojos con la yema de los dedos, fue hasta la puerta, pasó el pestillo y regresó hasta el rincón desde el cual lo mirábamos Sidartha y yo.

—Sí —dijo con tristeza—, ya me había dado cuenta de todo. Mi hija y su marido siempre han sido un poco egoístas y manipuladores y los demás han heredado sus peores instintos.

Hizo una pausa y por segunda vez dejó que su vista recorriera por cada rincón de la habitación hasta posarla sobre el sereno rostro de Sidartha.

—¿En qué has pensado? —preguntó con un leve temblor en los labios.

—Yo me quedaré y él se irá con usted.

—¡Eso es una locura! —casi gritó mi abuelo.

—No, es lo que debe hacerse —dijo Sidartha bajando el tono de voz prácticamente a un murmullo—. Yo no soy un niño si no un anciano, un hombre tan viejo que a lo mejor ni Dios mismo sabe cuántos años tengo. Cuando lo conocí en la Pirámide de la Luna tenía el cuerpo de un niño indojaponés que tuve que salvar. Era el más joven descendiente de la familia de mi padre. Así me conoció usted, con su apariencia.

Sidartha se puso de pie y delante de nosotros ya no estaba el joven de larga melena y ojos como dos bombillos fosforescentes, sino un ancianito dulce como de quinientos años. Muy delgado. Limpio como el agua del río. Blanco. Con ojos grises y profundos. La barba le caía espesa y blanca sobre las piernas. Jamás me imaginé que pudiera existir una barba tan larga.

—Este soy yo y no otro —dijo con voz cansada.

—¿Y su nombre... —balbuceó mi abuelo— también es otro?

—No, mi nombre es Sidartha.

—¿Y quién es..., qué hace? —dijo mi abuelo visiblemente enojado.

—Soy el médico chino.

—¿Hasta cuándo me va a seguir tomando el pelo? —la voz de mi abuelo hizo que Diego Velázquez, el adelantado, se asustará y ladrara un par de veces.

—Es verdad —dijo el viejecillo con voz casi inaudible—, soy el médico chino o por lo menos lo fui hace más de trescientos años y también fui el jorobado de Notredame, y Edmundo Dantés, y el capitán del Holandés Volador y otras muchísimas personas. Todas notorias. Todas célebres. Todas famosas. He vivido más de mil vidas, sin descanso, una detrás de otra y... —se llenó los pulmones de oxígeno y soltándolo lentamente terminó— ya estoy cansado. Es hora de que mi espíritu purgue lo que debe.

—Todavía no entiendo bien —dijo mi abuelo—. ¿Qué es lo que propone?

—Salvarle la vida a su nieto —ya se lo dije.

—¿Cómo?

Sidartha se puso de pie. Era muy pequeño y la barba le llegaba al piso; la agarró con ambos brazos para poder moverse con mayor facilidad. Dio unos pocos pasos y se puso delante de mí.

—Hay un solo modo y solamente una oportunidad —dijo mirándome fijamente a los ojos—. La oportunidad es esta. No creo que podamos estar solos otra vez. Incluso, cuando se percaten del error táctico que han cometido tocarán en esa puerta. Por eso no podemos perder tiempo.

—¿Pero qué haremos? —mi abuelo no cabía en sí de la impaciencia.

—El modo no será el tradicional pero me parece que sería posible, por lo menos quiero intentarlo —el viejecito se sobó la barba con dulzura—. Su nieto es un santo, jamás por su cabeza ha cruzado un solo pensamiento sucio y en su obra, si es que acaso ha podido obrar, no debe haber tampoco pecados, de lo contrario el Padre de Todas las Cosas del Mundo jamás le habría concedido todos los favores que le concedió. Yo le digo, Don Lucas —Siddhartha se viró hacia mi abuelo—, que si intentamos una permuta del espíritu podríamos conseguirlo.

—¡Pero no de más vueltas al asunto y acabe de explicarnos! —dijo mi abuelo y Siddhartha se percató de que su paciencia ya había sido colmada.

Sin que pudiera advertir el exacto instante del cambio, el viejecillo de la barba inmensa se convirtió en el joven que minutos antes yo había conocido.

—Es fácil y ni siquiera Luquitas lo sentirá. El éxito de todo dependerá de cómo se comporte después.

Yo me sentía realmente muy ansioso, aunque me lo imaginaba un poco no podía comprender en toda

su magnitud lo que pretendía Sidartha, por eso volví mi cabeza hacia la pared y pensé en letras rojas fosforescentes.

—¡Hable de una vez!

—Ya, ya, ya —dijo Sidartha—. No se desesperen. Si doy todos esos rodeos es porque las cosas sencillas son las más difíciles que existen. La única solución es la siguiente: Usted, Don Lucas, se meterá debajo de esa cama con el adelantado, porque ningún ser vivo que no haya percibido la presencia de Baba puede ser testigo de lo que pasará. Luquitas y yo cambiaremos de espíritu. O sea, se quedaran estas dos cajas o recipientes a las que los mortales les llamamos cuerpos, pero mi espíritu ya viejo y cansado entrará en el cuerpo del muchacho y el suyo entrará en este cuerpo que he creado a la imagen de lo que debió ser el cuerpo de Luquitas de no haber sucedido el accidente. Será fácil. Solamente tenemos que cerrar los ojos y pensar en Dios. Pensar en Dios es difícil para los que no han sido visitados por Él, pero para Luquitas y para mí, que desde hace muchos años no hacemos otra cosa en todo el día, será cosa de minutos. No lo mando afuera, don Lucas, porque en este cuarto se producirá un ruido que jamás se ha escuchado en todo el pueblo y necesitamos que usted abra la puerta y que todos comprueben que aquí adentro no ha pasado nada.

—A mí me parece bien —dijo mi abuelo—, pero qué va a ser de ti.

—Yo, descansaré por fin. Esperaré mi muerte sobre ese sillón y luego mi espíritu se elevará para siempre y nunca más se reencarnará en otro cuerpo.

—¿Y si no es posible el cambio? —dudó mi abuelo por un segundo.

—Esa es la parte más compleja de lo sencillo: si el cambio falla, Luquitas morirá en el instante.

—¡Entonces no! —dijo mi abuelo.

—¡Entonces sí! —pensé contra la pared de un modo tan violento que los dos se quedaron varios segundos leyendo y leyendo mi sentencia—. Ya no puedo más abuelo, esta es mi última oportunidad.

Mi abuelo se arrodilló frente a mi sillón y las palabras brotaron dulce y lentamente de sus labios.

—Morirse quiere decir que nunca más volveremos a vernos, que ya toda nuestra lucha habrá terminado.

Esta vez no necesité la pared para contestarle, cada palabra que pensé se dibujó en el aire frente a nuestros rostros.

—Es la mejor de todas las oportunidades que hemos tenido y no podemos dejarla pasar. Cuando usted se fue intenté morir varias veces pero Dios no lo permitió. Ahora tampoco lo permitirá. Sidartha lo ha dicho: tenemos muchas posibilidades. ¡Vamos a hacerlo!

—Bueno, si lo quieres así, que así sea.

Mi abuelo se inclinó sobre mí y me dio un largo beso en los labios, luego se incorporó de un golpe,

llamó a Diego Velázquez, el adelantado, y se refugió con él debajo de la cama. Sidartha empujó mi sillón hasta el mismo centro de la habitación, me agarró las manos y en un susurro comenzó a decir:

Sathia Sai Baba,
príncipe de príncipes,
rey de reyes,
hijo único de Dios
que lo puede llamar
a la hora que quiera
y conversar con Él
y que Él cumpla
con sus pedidos,
dígale al Padre Celestial
que interceda y haga
que nuestros cuerpos
distintos y débiles
como toda carne
en la medida en que hablaba la penumbra se
cernía sobre la habitación como si se hiciera la
noche cerrada y total sobre nosotros
sean recipientes
y contengan el espíritu semejante
de una bendita vez
y que todo sea a continuación
en el cuerpo de Luquitas
el espíritu milenario de Sidartha
y en este cuerpo
que humildemente

y por tu mandato
ha conseguido Sidartha
se aloje el joven espíritu de Luquitas
niño mil veces puro
que ha hecho de Dios
la verdad única de su vida.

Aún no se había apagado el sonido de la palabra vida cuando se hizo una oscuridad tan absoluta que me fue imposible siquiera divisar la pared azul. Intenté pensar sobre ella, en letras blancas y apresuradas, un ¡ay! que quizás serían el único que de puro miedo me había venido a la cabeza durante años. Fue inútil todo esfuerzo porque en dos segundos sobrevino una luz tan enceguedora que tuve que cerrar los ojos con todas las fuerzas de mis párpados. No había terminado de hacerlo cuando se produjo el ruido: un ruido sordo, áspero, brutal; un ruido que se me coló no solamente por los oídos si no por todos los huecos del cuerpo, y allá adentro me lo movió, revolcó, reavivó todo, pues cuando caí fuera del sillón empecé a sentir por primera vez las manos y los pies y la cabeza y cada uno de los rincones de mi cuerpo. Fue extraño, a pesar de tener conciencia, por primera vez en mi vida, de que podía usar el cuerpo para conseguir lo que pensaba, no atiné a nada. Cuando se apagó el ruido me quedé todavía alrededor de medio minuto percibiendo la frialdad del piso, temeroso, más bien acobardado. En verdad ha sido ese el único momento en mi vida que he sentido miedo,

más que miedo: sentí pánico. Pensé que de solo intentar mover los dedos se me iba a quebrar todo el cuerpo. Solamente cuando sentí la voz de mi abuelo que me llamaba mientras salía de abajo de la cama, conseguí mover la nariz. Luego, lo fui moviendo todo, poco a poco, hasta conseguir incorporarme. Al ponerme de pie lo hice de un modo tan precipitado que el mareo no se hizo esperar y me obligó a sentarme en la esquina de la cama; desde allí pude ver los instantes finales de la conversión de Sidartha. La habitación se fue iluminando lentamente hasta alcanzar su estado tradicional. Todo duró alrededor de un minuto. De aquella masa de huesos y carne que había encima del sillón fue surgiendo una cabeza grande, fea, muy redonda, y de la cabeza un pecho abultado desde el cual guindaban cuatro extremidades pequeñas y tan deformes que asustaban a cualquiera. ¡Claro! Con razón el novio de Nati, mi hermana, me tenía miedo. Jamás me había visto a mí mismo. Tenía una idea aproximada pero aquello que ya terminaba su conversión sobre la silla no era para nada un ser humano. Con los ojos espantados por la visión pude leer el primer mensaje de Sidartha sobre la pared:

Todo salió bien. Te dejé las aptitudes. Todo salió bien. Te dejé las actitudes. Todo salió bien. Vive. Todo salió bien. No tengas miedo. Todo salió bien. Finge que eres yo hasta que te hayas ido. Todo salió bien. Usa el cuerpo. Todo salió bien.

Las letras se desvanecieron y un ronquido feroz avisó que Sidartha se había quedado dormido. Sí, nadie como yo conocía el cansancio, el sueño, la desidia que provoca el sillón de ruedas.

Sentí que una mano apretaba mi hombro, volví la cabeza y allí estaba mi abuelo con el rostro bañado en lágrimas.

—¿Estás bien? —me preguntó con la voz entrecortada.

—Sí, murmuré.

—¿Y él?

—Se ha quedado dormido.

—Ven, ponte de pie, dame un abrazo —dijo mi abuelo, y cuando me disponía a obedecerlo comenzaron a tocar en la puerta con tal urgencia que sin darme cuenta de que lo hacía por primera vez fui yo mismo y corrí el cerrojo.

Nati, mi madre, me empujó con el brazo derecho y se precipitó hacia el cuerpo que yacía sobre el sillón. Detrás de ella entraron mi papá, la cossa nostra y Nati, mi hermana.

Si no hubiera sido porque viví y sufrí, día tras día, las humillaciones y falta de cariño de mis hermanos me habría conmovido por la escena. Todavía de mi mamá y de mi papá se podía entender que gritaran como locos y que prácticamente se deslizaran por el piso y llegaran a rastras hasta el sillón, pero era inadmisibles tanta hipocresía por parte de mis hermanos.

La cossa nostra voló por encima de mi abuelo y como si fuera una coreografía Nati, mi hermana, arrancó el mantel de la mesa y comenzó a abanicar con todas las fuerzas de sus brazos en dirección a donde se encontraba el cuerpo de Sidartha, sí Sr. Sai, porque aquel ya era el cuerpo de Sidartha.

Desde donde yo me encontraba podía ver la escena, que más bien parecía una de esas pinturas que después vi, aquí en el museo de arte del medioevo. Mi hermano, tan descarado, se lamentaba:

—Mi hermanito, mi hermanito, ¿qué le ha pasado a mi hermanito?

—Ha explotado —gemía mi padre y mi madre gritaba y zarandeaba el cuerpo de Sidartha como si fuera un trapo.

—Apártense para que le llegue el aire —vociferaba Nati, mi hermana.

Era un cuadro sí, pero un cuadro falso y patético.

Mi abuelo me miró con la mirada pérdida, no podía creer que su familia se hubiera convertido en aquella mascarada que tenía delante. Caminó hacia mí, me rodeó los hombros con sus brazos y cerrando suavemente la puerta salimos de la habitación.

Ahora que le cuento esto Sr. Sai, ahora que leo y releo lo que le escribí, todo podría parecer una comedia si no fuera por su amargura trágica. Tal vez si no fueran más que invenciones de escritor o cuentos fantasiosos de un muchacho que escribe una composición para la escuela serviría para reírnos, pero no es

así: esta fue nuestra experiencia real y sepa que se la he contado sin quererla matizar especialmente. No he colocado un grano de canela, ni un ajo, ni un pimentón para darle picante. Así como se la he contado sucedió.

Mi abuelo, cuando ya salimos al patio y yo le dije que me moría de las ganas por comerme un pedazo del pollo que se estaba quemando sobre la parrilla, tenía dibujada en la cara una gran mueca de dolor que ni siquiera desapareció cuando me explicó con dulzura infinita que aquello era un cerdo, animal de carne más jugosa y rica que el pollo. Ven, me dijo, mientras se acercaba al animal y arrancaba un pedazo del lomo, cómetelo con las manos, embárrate bien; el puerco y el mango son iguales: si no te embarras no los disfrutas. Esa, niño mío, es mi primera enseñanza: para disfrutar las cosas en toda su intensidad hay que embarrarse hasta los hombros. Ahora mismo, la voz se le sentía desencajada, aunque te pareciera una locura, me he embarrado tanto de mi familia que estoy harto. Se sentó en el suelo y me invitó a sentarme a su lado y mirando al puerco que comenzaba a arder como una antorcha dijo casi en un murmullo: Solamente nos quedaremos el tiempo suficiente, después nos iremos para que comiences a vivir tu vida.

A partir de ese momento el poco tiempo que tardó hasta nuestra partida todo fue un juego. Mis padres no se dieron cuenta de nada ¡cómo podrían hacerlo! y



se dedicaron por entero a convencer a mi abuelo para que en vez de a Luquitas, que se negaba con todas sus fuerzas, se llevara a Nati o a la cossa nostra. Mi abuelo, para que no lo fastidiaran más, les dijo que lo iba a pensar y que el día antes de la partida les comunicaría su decisión.

La cossa nostra y Nati, mis hermanos, se dedicaron, cada cual por su parte, a buscar mi influencia con el abuelo. Casi lloran de la felicidad el día que me llevaron a la discoteca y allí les hice saber a los dos que jamás permitiría que Luquitas regresara con nosotros.

Nati, mi hermana, fue tan descarada que se hizo la que estaba enamorada de mí y cada vez que tenía la oportunidad me guiñaba un ojo; en la discoteca me sacaba a bailar y pegaba su cuerpo al mío y se movía de un modo tan grosero que estuve a punto de vomitarle encima. Solo me contuvo el recuerdo del tiburcito azul que ya jamás habría de acompañarme.

La cossa nostra, por su parte, se convirtió en el guía más educado y gentil del mundo. Me llevó a conocer cada rincón del pueblo salvo el lugar del accidente.

El día antes de regresar a Miami, mi abuelo se puso un par de botas enormes y me llevó a conocer el trillo. En verdad era un recodo difícil de rebasar. Cuando estuvimos justamente en el sitio, casi en un susurro me dijo: Te caíste, Luquitas. Yo no estaba borracho. Estaba tan sobrio como ahora mismo. Lo agarré por el

hombro y lo viré hacia mí. Lo sé abuelo, siempre lo supe, pero ya no hay de qué lamentarse, ahora estoy vivo y fuerte. Dios ha sido bueno con nosotros. Cuando estaba en aquel sillón aprendí a tener paciencia y darle solamente importancia a las cosas que fueran de vida o muerte. No sabía cuán bueno era contar con los brazos o con las piernas. Caminar, hablar, comer por uno mismo es genial y doy gracias por poder hacerlo, pero cuando no lo hacía nunca dejé de sentirme un ser humano y sabes por qué, porque te amaba. Cuando uno ama a alguien y sabe que ese alguien lo ama, lo demás puede resistirse. Mi abuelo me atrajo hacia él y me abrazó con tanta fuerza que creí que me iba a romper las costillas. Suave, suave, le dije. Me soltó con una sonrisa maliciosa y regresamos al pueblo con la certeza de que jamás volveríamos a aquel sitio.

Cuando llegamos al apartamento estaba oscureciendo y mi mamá daba los últimos toques a la cena de despedida. Mi abuelo se dio un baño rápido y se vistió absolutamente de blanco. Desde el día de la permuta espiritual se le veía más sosegado, tranquilo, alegre. No le daba tanta importancia a las extravagancias con que lo trataban mis hermanos, y las insinuaciones constantes de mis padres más bien le producían un poco de risa. De que a partir que nos fuéramos para Miami los iba a empezar a ayudar económicamente no me cabían dudas, pero llevarse a la cossa nostra o a Nati, mi hermana, a vivir con nosotros, fue algo que nunca pasó por su cabeza.

La cena se realizaría en el patio y para ello habían puesto una mesa larga que Debiee le prestó a mi madre. La vistieron con dos manteles azules y cuando salí a estirar un poco los pies y a coger aire en la cabeza para que se me secara el pelo recién lavado con agua de lluvia, Nati, mi hermana, y la cossa nostra colocaban los platos y bandejas mejor surtidos que he visto en la vida. Sin dudas mi abuelo ya había comenzado a prestar su ayuda porque muchos de los alimentos que devoraríamos esa noche solo podían encontrarse en las tiendas de dólares.

No más me vieron los dos dejaron lo que estaban haciendo y se me acercaron. ¿Qué decidió el viejo? preguntaron a dúo. ¿A cuál de los dos se lleva? No me ha dicho nada, dije, hay que esperar a que él hable.

Los dejé con la boca abierta y me fui hasta la sala donde mi abuelo se despedía de Sidartha. Toqué con la contraseña que habíamos acordado de antemano entre los tres para saber que éramos nosotros y cuando entré mi abuelo le pasó pestillo a la puerta.

Cuando me acerqué al sillón Sidartha tenía una sonrisa triste en los labios. Miré hacia la pared y pude leer:

Váyanse sin mirar atrás. Yo estaré bien. Solo le ruego a Dios que me mande el descanso lo más rápidamente posible, cosa que no será muy difícil porque para decir la verdad estabas al morirte Luquitas, tu cuerpo estaba más enfermo de lo



que todos suponían. Hoy desistí. Desde que entré en tu cuerpo traté de componerlo, de remendarlo un poco, pero no es posible. Y es mejor. Así mi calvario será más corto.

Miré a mi abuelo y él me miró con los ojos enrojecidos y llorosos. Se viró hacia Sidartha y casi contando las palabras le dijo: Dios lo bendiga, anciano, y que su descanso sea rápido y en paz.

Mi abuelo se puso de pie y sin decir nada más abandonó la habitación. Yo estuve todavía como dos minutos más mirando a Sidartha y luego abandoné para siempre aquella habitación que había sido mi imperio, mi reino, mi jungla, mi cárcel.

Cuando llegué al patio todos estaban sentados a la mesa y esperaban por mí. Mi abuelo desde la cabecera me pidió que me sentara en un asiento vacío que estaba a su derecha. Y cuando me senté comenzó a bendecir la mesa. Evidentemente el hábito de bendecir los alimentos antes de comenzar a comer no había durado mucho en la casa de mi familia desde que mi abuelo partió en busca del médico chino, porque la cossa nostra y Nati, mis hermanos, cuando mi abuelo comenzó a rezar ya tenían la boca llena como dos tiburones o dos aguamalas.

El rezo fue largo y triste. Mi abuelo pidió salud para todos, que se mantuviera unida la familia, que el amor primara en ella, que vinieran épocas de bonanza y tranquilidad para todos, que Dios cada día repitiera la gracia de abonar con alimentos suficientes la mesa de nuestra casa.

Cuando terminó de rezar comenzó a comer. Comió descomunadamente, como si nunca lo hubiera hecho en su vida. Los demás también comieron pero con prisa, podría decirse que con desesperación. Cuando ya no quedó más que unos tristes huesos pelados que rescaté oportunamente para Diego Velázquez, el adelantado, Nati, mi madre, buscó en mi abuelo la respuesta a la pregunta que todos tenían sobre la punta de la lengua: ¿por fin, a cuál de los dos se llevaría?

Mi abuelo miró detenidamente a la cossa nostra y a Nati, mi hermana, se limpió con una servilleta la boca y las manos y con un gesto marcial sacó la billetera de su bolsillo. De la billetera extrajo varios billetes y le entregó uno de a cien a Nati, mi madre y otro a Tony, mi padre; uno de cincuenta a Nati, mi hermana, y otro a la cossa nostra y con un gesto mucho más marcial todavía guardó la billetera nuevamente en su bolsillo.

—Me los llevaré a los dos —dijo—, pero no ahora. Me los llevaré a los dos un mes después de que Luquitas muera. No creo que el pobre dure mucho más, así que asegúrense que tenga una muerte digna, decente, tranquila. Si muere triste, abandonado, solo, se quedarán los dos para siempre y jamás les enviaré un peso. Si muere sucio, aburrido, en la oscuridad, me olvidaré de que un día tuve familia y jamás sabrán de mí. Esa es mi decisión. De ustedes depende que un día estemos todos juntos otra vez, sea aquí o

en cualquier otra parte del mundo. Y ahora, Sidartha y yo nos vamos a dormir que mañana tendremos un día muy largo.

Nos levantamos y cuando aún no habíamos entrado a la casa sentimos el característico sonido de los billetes cuando se estrujan y se guardan apresuradamente en los bolsillos.

Mi abuelo me echó un brazo por los hombros y desaparecimos en el interior de la casa.

Ese es todo el cuento Sr. Sai o por lo menos el que quiero que le haga a Sidartha. Y dígame también que mi abuelo lo extraña y que cada vez que bendice los alimentos dice: Dios le permita descansar en paz.

*Para Luis Valdés Obregón
y Migdalia Yera Torres,
mis otros padres.*